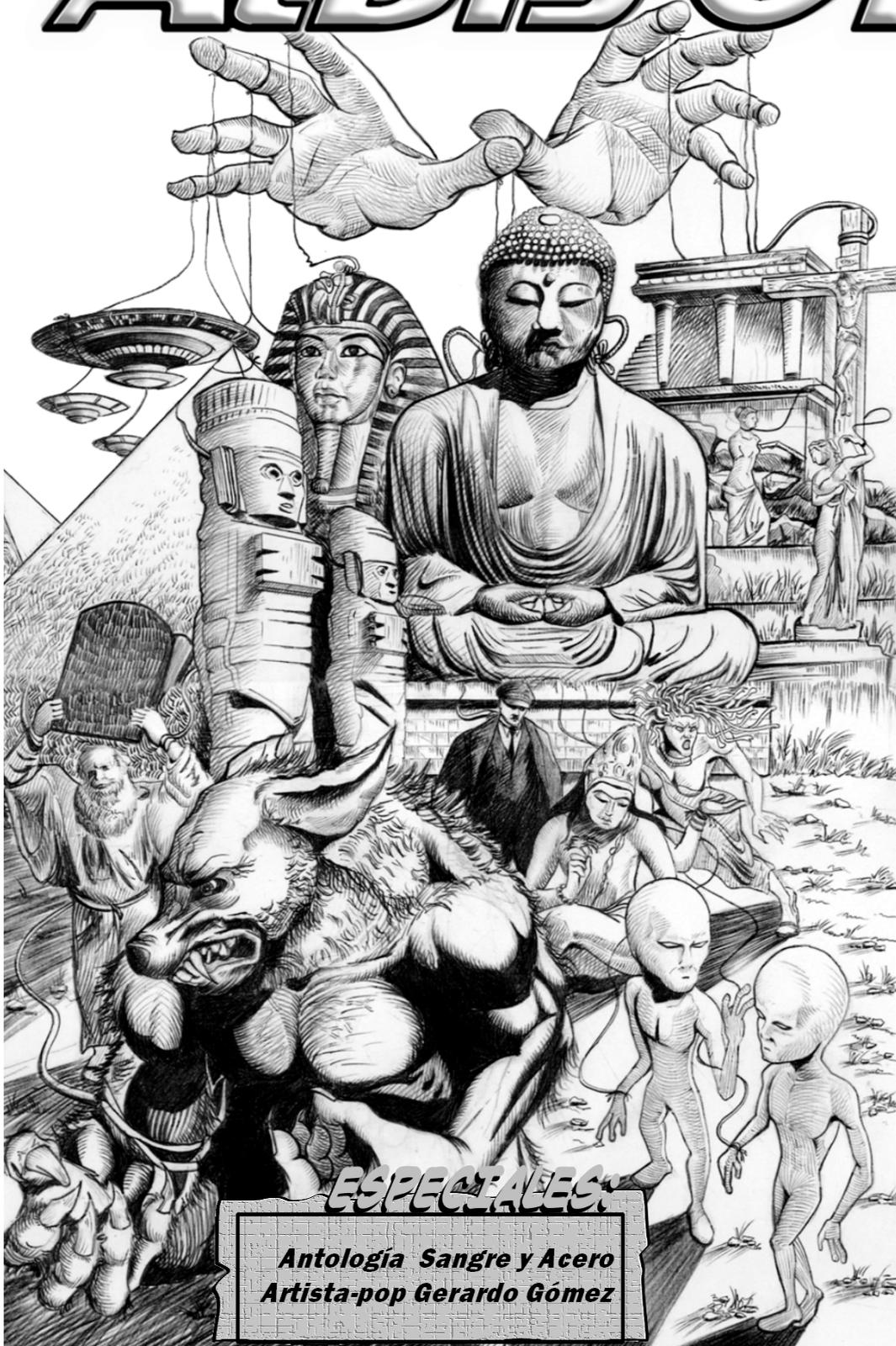


ALBIS OFF

#01



COMIX:

Javier Durán/
J. Javier Arnau
José Luís
Ventura/
Óscar Torres
Ösk

Cuentos:

Ángel de Aluart
Francisco Javier
Masegosa
Carmen Rosa
Signes
José Luís García

Arte:

Juan Martínez Alarcón
Syunsal
David Velázquez
David Montero
Rudy Valenzuela

ESPECIALES:

Antología *Sangre y Acero*
Artista-pop Gerardo Gómez

Y NO TE PIERDAS
LAS SERIES:

por Magnus Dagon

THE
JAWMERS

SKY
GIRL

por Gabriel Romero

EN EXCLUSIVA
PARA LA REVISTA!!

Portada a cargo de David Velázquez y editada por Rudy Valenzuela "Komixmaster"

Directores: Carlos Daminsky y Javier Arnau
Coordinador y Relaciones públicas: Javier Arnau
Arte gráfico: Rudy Valenzuela
Antologías: Anabel Zaragozí y Alexis Brito Delgado

Albis Off es una revista de descarga gratuita que se puede copiar y difundir sin ánimo de lucro ni intereses comerciales respetando los créditos. Quedan prohibidas las obras derivadas y cualquier extracto o cita hará referencia al autor; excepto "The Jammers" por Magnus Dagon de la que sí se pueden hacer obras derivadas. Los autores en todo momento conservan los derechos sobre su obra.



<http://albisoffliter.wordpress.com/>
albisoff@yahoo.es
antologiasalbis@yahoo.es

INDEX

4/Sky Girl dibujo por David Montero

5/Sky Girl: Un Hidalgo con Cola y Aletas por Gabriel Romero

15/Galería de Syunsai

23/Fa por Angel de Aluart

28/Hiperbreve por Jose Luis García

29/Mundos Aparte por Fracisco Javier Masegosa

32/Sueños de Playa por J.L. Ventura/Óscar Torres

34/Couture por Carmen Rosa Signes

35/Ico por Ösk

38/The Jammers: We ´re in this together now por Magnus Dagon

46/Comerciantes por Javier Durán/Javier Arnau

50/Epi.Logo

51/Contra-Portada por Juan Martínez Alarcón



Dibujo por David Montero



Un Hidalgo Con Cola Y Rietas



por Gabriel Romero de Ávila

Segunda parte de Sky girl, Aventurera Espacial

Martes, 1 de Enero de 2301.

No hay ruido alguno en el hiperespacio, pero sí destellos aterradores que la ciegan al moverse a velocidades superiores a la de la luz. O tal vez sean portales a épocas diferentes, o a sistemas galácticos tan lejanos que ni en un millar de vidas se podría regresar. Y tened en cuenta que los humanos somos ahora casi inmortales. La carrera es sangrienta y cruel, varias de las competidoras ya han muerto en las dos horas que lleva volando por el hiperespacio, destrozadas por campos de energía o transportadas Dios sabe a dónde. No hay piedad entre las Ballenas Espaciales, y varias más habrán de morir antes de que acabe.

El Océano de Fuego es la competición más brutal que hay en todo el Universo, y sólo las mejores Ballenas son escogidas cada siglo para participar. El honor de ser admitida es infinito, y el de ganar te permite retirarte de por vida. La ONU paga bien a las poquísimas elegidas que han ganado alguna vez este horror, y su nombre es inscrito en letras doradas en el Templo del Mar en Neptuno, de donde proviene su especie. A las muertas se las olvida rápido, como hace siempre esta condenada galaxia de placeres brutales y emociones de dos minutos. Eso si sos una chica afortunada.

Los primeros puestos están cotizados, y una gigantesca Orca de lomo plateado golpea a una Ballena Franca Austral haciéndola impactar contra el muro de luz que cierra el túnel, pero sin que llegue a atravesarlo. Es lo único que le salva la vida. Al otro lado, una Ballena de Groenlandia se escabulle entre un grupo de Yubartas de tamaño gigantesco, ganando una posición que tal vez le lleve al podio. O tal vez no, vista la hostilidad con que se manejan los cetáceos.

La Sargento Joanna Vences ocupa una meritoria sexta plaza y subiendo, aun a costa de haber sufrido graves heridas en el vientre que al menos ahora ya no sangran. Ella es una Rorcual Azul que nació en la órbita de Neptuno, hija de padres implicados en el desarrollo militar de viajes por el hiperespacio, y de los que sin duda heredó el gusto por la aventura. Su puesto en las Fuerzas Aeroespaciales es el de Secretaria de Traducción de la Nación Ballena frente a los hombres, aunque en el esquema general de los suyos es poco más que un bebé. Un bebé de kilómetro y medio de largo y experto en teleportación a cualquier rincón del Universo, pero pensad que las más grandes Ballenas Espaciales miden uno o dos años-luz hasta la cola, y sólo pueden vivir en el hiperespacio, ya que el más mínimo intento de volver a velocidad normal destruiría los campos gravitacionales de los planetas. Joanna es considerada prácticamente una recién nacida, y para ella como para todas las demás, el Océano de Fuego es su prueba de madurez y valentía de cara al Universo, su examen para ser consideradas adultas y respetadas por la comunidad. A Caupolicán le hicieron cargar con el tronco de un árbol sobre los hombros, y a las Ballenas Espaciales las obligan a competir en una carrera más rápida que la luz. No hemos mejorado mucho en estos siglos.

Pasa por debajo de los restos de las Yubartas muertas y hechas pedazos, y sigue la estela de la Orca

de lomo plateado, que sigue siendo la líder. Su nombre es Capitán Nolan, una vieja pirata y asesina del Cinturón de Asteroides famosa por su crueldad con los hombres y mercancías de la ONU, y que en esta carrera ha decidido desafiar a sus enemigos en su propia casa. Desde que se proclamó el inicio de la selección de participantes para el Océano de Fuego, mucho se habló de que esta vez iban a presentarse cetáceos considerados salvajes, individuos que no comulgan con las leyes de la ONU ni de la Nación Ballena, y que por eso hasta ahora han vivido como apátridas o delincuentes. Joanna es la favorita de las Fuerzas Aeroespaciales, como es lógico, aunque para presentarse a la competición tuviera que renunciar a su cargo por incompatibilidades, y la publicidad la ha presentado como una de las mejor preparadas y con más posibilidades para el título.

Pero tiene fuertes competidoras, como Jasmina Deleh, la protegida de las tribus nómadas del desierto de Nilidia, que ya va de segunda, seguida muy de cerca por Camille O'Brian, la irlandesa que fundó el imperio económico Hipercorreo de e-mails a través del hiperespacio. La pugna es salvaje, y ninguna muestra demasiada piedad. Capitán Nolan empieza a disparar rayos láser hacia las que la siguen de cerca, y Jasmina Deleh pierde un ojo, que cae a velocidad sublumínica y se pierde sin control. Es posible que destruya algún satélite de comunicaciones o incluso una ciudad del espacio, porque la energía cinética con la que ha sido lanzado es tremenda, convertido en un proyectil informe e inhumanamente rápido, pero que nadie sabrá nunca lo que fue. Camille O'Brian aprovecha la ocasión y se pone segunda, permanentemente escoltada por las nano-cámaras que lo están retransmitiendo todo en directo para su cadena. Nolan suelta unas cuantas cargas de profundidad que explotan al contacto, pero las primeras consiguen evitarlo, acabando sólo con algunas de las que ya no son rivales.

Joanna aprieta las mandíbulas e intenta recortar unos milisegundos a las corredoras que aún la preceden, pero nadie flaquea en el Océano de Fuego, porque un solo error se considera la muerte.

Muchas de ellas llevan lo que se denomina tripulantes, seres no cetáceos a los que engloban en su aura de hipervelocidad y que les sirven como apoyo táctico en la carrera. Al fin y al cabo, las Ballenas Espaciales son los únicos mortales capaces de viajar a velocidades superiores a la de la luz, y gracias a eso gobiernan el extraño territorio que nadie más conoce, y el abundante comercio a través de él. Pero en una competición como ésta es de mucha ayuda tener amigos volando a tu lado y disparando a cualquiera que se te acerque.

Con Nolan corren tres piratas a cuál más odiado y perseguido en la Vía Láctea: El Escocés (un antiguo cartero que empezó a creerse la reencarnación de un soldado inmortal del Siglo XVI y a asaltar naves de la Tierra por dinero), Araña Ben Reilly (que transfirió su conciencia a una araña mecánica gigante para ganar una fortuna siguiendo a una Ballena Espacial), y El Ciego Mahoney (una onda de luz dotada de conciencia propia, y a la que alguien convenció de que una vez fue un humano transformado en energía y de que puede ser devuelto a su estado natural; desde entonces acumula fortunas inmensas para pagar a brujas y curanderos, sin ningún éxito).

O'Brian utiliza sus cámaras de holovisión para disparar rayos láser a Nolan, y sus piratas la contestan con toda la potencia de sus cañones portátiles. La carrera se está convirtiendo en batalla campal, y nadie cede terreno. Jasmina Deleh está gravemente herida, su vuelo empieza a ser errático, y se lanzan sobre ella los hermanos Quinto y Léntulo, dos Ballenas Glaciales nacidas en Capua y financiadas por un misterioso grupo de banqueros interplanetarios llamado Conferencia Retinger, del que nunca se ha sabido mucho. Se dice que está formado por antiguos políticos y príncipes sin reino que quieren embolsarse las ganancias por publicidad si ganan los dos hermanos, o comérselos en un banquete si pierden. Por lo pronto han debido incentivarlos bien, porque en cuanto ven flaquear a Jasmina aprietan la marcha y abren las mandíbulas, destrozando su cuerpo sólo por la fuerza del impacto. Visceras y sangre bañan el túnel de paredes de energía, desapareciendo tan pronto como pierden velocidad. Cada vez quedan menos.

Después se abren a modo de tenaza e intentan coger a O'Brian en el medio, pero no les va a ser tan fácil, porque la pequeña Ballena Franca Pigmea ha participado en otras carreras igual de letales que ésta, como el Maratón Gebrselassie o el Plutón-Dakar, que ha ganado en varias ocasiones. Las nano-cámaras de O'Brian disparan tanto a Capitán Nolan como a Quinto y Léntulo, y su atención empieza a dispersarse. Joanna se prepara para lanzar su propio ataque, esperando unos pocos milisegundos más atrás a que sus rivales directos se maten, y

sacar partido.

Pero entonces llega el caos. Bombas de enorme potencia explotan por delante de ellas, y el túnel se llena de fuego atómico. De las paredes brotan redes de energía que frenan su avance y pueden llegar a cortarlas, y muchas se detienen por completo saliendo del hiperespacio. Esferas de luz emiten pulsos de señales que las confunden, haciendo que sus propios sensores se vuelvan locos. Es la guerra dentro de la guerra.

Son los Hipercolonos.

Se dijo hace meses que podían atacar la carrera, pero se pensaba que los medios de seguridad de la Nación Ballena podrían evitarlo. Parece obvio que han fracasado. Los Hipercolonos son hippies de las naves hiper-rápidas, humanos que han decidido aislarse de la sociedad viviendo en ciudades voladoras que se mueven más deprisa que la luz, y desde las que reivindican que las Ballenas no permitan el comercio por el que llaman su territorio. Cada siglo quieren boicotear el Océano de Fuego, y siempre matan a algunos participantes. Hoy no será una excepción.

Nolan esquivo las bombas y su metralla, y evita caer en las redes que flotan a su paso, mientras envía a Ciego Mahoney a adelantarse a investigar. Los Hipercolonos se muestran ante la carrera, viajeros de una nave con forma de huso y demasiado armada para autoproclamarse pacifistas (ironías de la palabra paz, que en la Galaxia de los ociosos ha dejado de tener significado), y antes de que se den cuenta les ha caído por sorpresa la onda de energía. Mahoney salta de una pantalla a otra y de un arma de rayos a la de al lado, destrozando en segundos toda la ofensiva terrorista. Atraviesa el campo de minas y hace que estallen, permitiendo que la carrera continúe. Por desgracia, ya no llega a subirse de nuevo al aura de hipervelocidad de Nolan, y queda abandonado.

—¡Nos vemos en la meta! —grita la Ballena pirata—. ¡Consigue llegar hasta allí y te admitiré otra vez entre los míos, Mahoney!

Justo en ese instante El Ciego recupera su velocidad normal sub-luz (o precisamente cuasi-luz), y a ojos de las corredoras se volatiliza.

Quinto y Léntulo se estrellan a propósito contra la nave terrorista, originando un manto de metralla que cubre a todas las que van detrás. El poder de los dos hermanos es el de crear campos de fuerza que les protejan de cualquier impacto, de forma que no temen a los golpes en esta carrera. Por desgracia las demás no pueden decir lo mismo. Joanna nota cómo una esquirla se le hunde profundamente en la aleta dorsal, haciendo que su vuelo siga un zigzag demasiado peligroso. Las dos últimas supervivientes de la Familia Yubarta pretenden ganar su puesto en cuanto lo ven, pero Joanna está entrenada para soportar el dolor, y esto no será su derrota. Aprieta las aletas pectorales y acelera, olvidando que tiene un fragmento de metal clavado en la espalda, sabiendo que aún le queda mucha competición por correr.

“Atención, Ballenas, vista al frente”, grita la voz de la Organización en sus cabezas. “Habéis llegado al último obstáculo: Mercurio. El túnel de energía se acaba y pasa a través del Planeta Mensajero. Desacelerad y volved al espacio sub-luz para poder maniobrar, u os estrellaréis. Atentas. Llega el obstáculo al final del túnel”.

Intentan acostumbrar los ojos, pero es imposible. Después de más de dos horas recorriendo todo lo largo de un conducto de luz que atraviesa la Vía Láctea, ahora el hiperespacio se acaba de pronto y las sueltan en Mercurio, en mitad de la oscuridad más absoluta. Frenan de modo intuitivo procurando calcular qué necesitan, midiendo de cabeza la atracción gravitacional del planeta y a qué distancia de su atmósfera las dejarán, pero en realidad no saben nada, y lo único que pueden intuir es que habrán de morir varias. Respiran ansiosas (en un lugar sin oxígeno, otra de las paradojas de estas criaturas), y afrontan con la cabeza alta lo que haya de venir. Nunca podían haber imaginado algo como esto.

Saltan a ciegas a un lugar que desconocen, y se encuentran en mitad de la atmósfera de Mercurio. Pensaron que iban a caer a cierta distancia del planeta y tratarían de escapar de su atracción gravitacional, pero no que estarían dentro de la propia atracción, apenas a un kilómetro por encima de lo alto de los rascacielos. Giran para compensar el empuje, frenan como buenamente son capaces a un solo palmo de los edificios del Gobierno, y muchas se estrellan. Quinto golpea una torre de más de doscientos pisos y arrastra su esqueleto de metal hasta el suelo, mientras nota cómo el poderoso campo de fuerza que la envuelve se resquebraja por la presión,

y la estructura del edificio rasga su carne. Grita, y por primera vez desde hace más de dos horas las otras competidoras pueden oírla.

Capitán Nolan se retuerce sobre sí misma intentando anular su terrible aceleración, y cuando no puede la transforma en impulso hacia arriba, empujando su aura de hipervelocidad contra el suelo para que ésta la devuelva al espacio. O'Brian usa sus nano-cámaras (mucho más manejables que su propio cuerpo de un kilómetro de largo), para que tiren de ella hacia arriba, acelerándolas hasta velocidad de escape y rezando para que la lleven detrás. Léntulo no mira a nadie y da por hecho que su hermana ha muerto. Se pega al rastro de O'Brian y absorbe la inercia de su giro y su salida al vacío, saltando como un nadador que se propulsa desde el trampolín y reza por que todo funcione.

Es la hora de Joanna Vences.

Cuando emerge del túnel aún va demasiado deprisa, y encara un océano de columnas súper-tecnológicas y naves. Mercurio es conocido como el Planeta Mensajero, porque en él no habita ningún ser vivo, tan solo redes de comunicación que sirven de enlace para el resto de mundos del Sistema Solar. Infinitos nudos de información, motores de búsqueda, e-mails y webs sociales que lanzan sus tentáculos desde allí hasta el hielo de Plutón, desde el corazón atómico del Sol hasta las zonas más frías del espacio. Su guardián, el misterioso Dios Cibernético Hermes, ha permitido por primera vez en su existencia que tracen una carrera por mitad de su mundo, aun a riesgo de lo que eso suponga para el resto de la Galaxia. Quién sabe si el desastre de Quinto no dejará un hospital sin tele-cirugía, o a las amas de casa sin su holo-serie. Los daños son incalculables. Joanna respira hondo y se esfuerza en no ser otro de esos daños. Por ahora su destino es golpear el suelo de Mercurio incluso más fuerte que Quinto, y tiene que pensar deprisa si quiere salir viva. Sólo tiene una salida: la teleportación.

Una de las pocas reglas del Océano de Fuego es que no está permitido el uso de poderes especiales derivados de la tecnología, como la ocultación a ojos de los sensores en sub-estratos de la realidad (como hace Nolan para asaltar los cargueros de la ONU) o la creación de dobles energéticos con exactamente la misma aura hiper-rápida (la especialidad de O'Brian, que la hizo inmensamente rica en su negocio), pero Joanna tiene que usar un pequeño truco que no es totalmente permitido por la Organización: se concentra con su cerebro infinitamente más poderoso que el de un humano, y se teleporta un millón de veces por minuto para acabar en el mismo punto, logrando así frenar en seco. Vista desde fuera no parece que se haya movido en absoluto, pero ella sabe que ha abierto un millón de portales de transportación que la han dejado exactamente en el mismo lugar que ocupaba, pero con una desaceleración inmediata. Se retuerce sobre sí misma con una agilidad portentosa, y sigue en la carrera, pese a quien pese.

Es hora de empezar la misión.

Abre la boca, y de su interior brotamos nosotras, dispuestas a la acción y la aventura. Fuego y Hielo, Albatros y Fátima, soldados de Operaciones Especiales dispuestas a todo para cumplir nuestras órdenes, siempre al borde de la destrucción total. Lo mejor de las Fuerzas Aeroespaciales en la peor situación. Y al frente estoy yo, la Capitana Eleonora Guzmán, también conocida como Sky Girl. Una bellísima cosmonauta porteña con demasiadas ganas de plantarles cara (no sonó muy creído, ¿no? Sólo lo normal en mí).

–¡Estás arrestada, Capitán Nolan! –le grito a través del espectro electromagnético–. ¡Somos el Escuadrón Nueve de la ONU! ¡En el momento en que has entrado en el espacio sub-luz has cometido un delito, y tenemos orden de arresto contra ti desde hace unos cuantos años!

La Orca se revuelve, pero aún está dispuesta a presentar batalla.

–¡No podéis hacer nada contra mí, maderos! ¡Ninguno de los crímenes de los que me acusáis ha sido probado! ¡Y no tenéis capacidad para detener esta carrera!

Ilusa. ¿Cree que no sé cumplir con mi trabajo?

–Es cierto, por ahora sólo tendríamos autorización para investigarte por incumplir el Dictamen H46B que obliga a todas las Ballenas Espaciales a registrarse, pero no a detener el Océano de Fuego, que pertenece a la Nación Ballena. Por eso precisamente estamos aquí. Mi compañera Delfinoide es telépata. Y no te has preparado para eso.

Joanna nos impulsa, montadas en el frente de onda de su velocidad, y Fátima entra en acción. La Cabo Aanisah Jarhan es la mejor Delfín Espacial que se ha visto en años, pero aparte domina el arte de la telepatía como ninguna. Vuela hacia Nolan como un misil plateado cruzando la noche, y su mente la escanea como si sus pensamientos fueran visibles. Están perdidos.

–Tengo tus recuerdos –dice Fátima, imperturbable–. Los estoy transmitiendo ya a la Central. Pronto las Fuerzas Aeroespaciales dispondrán de un buen número de pruebas para encausarte... y te estarán esperando en la meta.

–¡No! –grita la Orca, como quien nota que su vida se le escapa entre los dedos (los dedos que nunca tuvo, pero que ahora parece echar en falta)–. ¡Matad a la Delfinoide, piratas, antes de que nos arruine!

Araña Reilly y el Escocés se proyectan desde el lomo plateado de su jefa e intentan destruirnos con láser. Hace años que las armas láser fueron prohibidas en todo el Sistema Solar, y sustituidas por las mucho menos dañinas armas táser, que actúan con energía eléctrica. Sin embargo, aún existe un rentable mercado de cañones y pistolas que nadie sabe dónde se fabrican, pero que nutren sobradamente a los bajos fondos de nueve planetas y sus respectivos satélites. Nos lo van a poner duro.

Albatros y yo extendemos nuestras gigantescas alas de ángel, y preparamos la energía de nuestras auras para la defensa. Fátima aún tiene que enviar las imágenes a las FAE (y Joanna vencer en la carrera), así que nuestra misión no ha terminado. Los cañones láser barren la zona como una lluvia de muerte que destroza a cualquiera. O'Brian se aparta a un lado y deja que nos caiga sólo a nosotras. Léntulo es atravesado en mil partes por esos dedos de luz asesinos, boquea tres veces con la lengua llena de su propia sangre, y finalmente queda frío y estático en la órbita de Mercurio.

Nos toca.

Hielo crea un escudo de frío intenso que impide que nos vean claramente, y Albatros se acerca a ellos por un lateral. La Sargento Adriana Carvalho es maestra del uso de la velocidad, a un nivel distinto del que emplean las Ballenas Espaciales, y disfruta como una niña jugando a este juego. Levanta una mano, y el Escocés tiembla en su posición.

–Te veremos en la meta, payaso homicida. Un pequeño empujón de velocidad extra y nos sacarás ventaja a todos.

Se mueve, rasga el aura de protección de Nolan y entra por sí mismo en el hiperespacio. El pirata adquiere una aceleración como nunca tuvo, y que siendo tan solo humano acabará por destrozar sus huesos como astillas, igual que su pretensión de ser inmortal. Pronto será una masa informe parecida al ojo de Jasmina Deleh, que ya debe estar tan muerto como su dueña.

Nolan tiembla, y Araña Reilly cree que tendrá más suerte que su amigo. Pero ninguno de nosotros va a luchar en un rato.

“Atención, Ballenas”, volvemos a oír la voz de la Organización, con un impersonal acento del Sahara. “Habéis sorteado bien el obstáculo de Mercurio. Al menos unas pocas de vosotras. Es hora de regresar al hiperespacio. Adquirid velocidad supralumínica y encontrad el túnel de energía de la carrera. Sólo así podréis seguir en la competición”.

Veo de lejos cómo Camille O'Brian acelera antes que nadie, y se esfuma ante nuestros ojos (que sólo pueden captar movimientos más lentos que la luz). Capitán Nolan aún piensa que puede escapar de esta situación. Agarra a su último tripulante con el delicado abrazo de su aura y se lanza, entregada a la fiebre de la carrera, en pos de la meta. Sabe que iremos detrás, y que aún puede matar a la Delfinoide para que no la delate. Lo que también sabe es que el resto del Escuadrón Nueve irá con ellas.

Joanna aguanta un par de latidos de corazón, y pisa al máximo, consciente de que no puede dejar que se le escape la victoria. Mueve su cola con todas las fuerzas que le quedan, y su mente selecciona de modo automático la frecuencia vibracional que necesita para encontrar el túnel. Viajar a hipervelocidad no es por supuesto un problema de aceleración, sino de controlar las vibraciones atómicas de tu propio cuerpo, cosa que no sabemos hacer los humanos. Por eso llegó un momento en que diseñaron en laboratorio a las Ballenas Espaciales, seres inmensos de tamaño pero que controlan cada una de sus moléculas con absoluta precisión,

hasta el punto de seleccionar en nanosegundos la frecuencia exacta en que la Organización ha puesto un túnel de energía que lleva a la meta.

Cierro los ojos, pero no puedo evitar que la cabeza me dé vueltas como en un tiovivo monstruoso. El estómago me sube a la boca y baja a los pies unas cien veces por segundo, y la sangre martillea en las sienes como si fuera a explotarme la cabeza. El corazón está aterrorizado, y noto la boca más seca que el maldito desierto de donde proviene la Organización.

Los humanos no fuimos diseñados para hacer esto, no deberíamos entrar en un reino que va contra natura. Ellas son capaces porque las crearon a posta para que fueran capaces, y gracias a eso gobiernan el abundantísimo comercio hacia un extremo y otro del Sistema Solar. Pero el que una humana entre sin nave en el hipere-spacio... eso es una aberración.

Espero que a Joanna no se le ocurra soltarnos aquí dentro sin su maravillosa aura corporal, porque ya me puedo imaginar lo que la velocidad supralumínica le habrá hecho al cuerpo del Escocés. Y no me apetece. Abro los ojos todavía con miedo a lo inhumano, y tardan un segundo en acostumbrarse a lo que ninguno deberíamos contemplar. Los ojos de las Ballenas están habituados a captar estímulos más rápidos que la propia luz, pero mi cerebro necesita un tiempo para comprender lo que le dicen que está viendo. No hay formas, ni sustancia, sólo auras más o menos formadas de las que brota una energía interior increíblemente poderosa. Cada movimiento es una fluctuación en el espectro electromagnético, cada idea es una realidad palpable. Es como si de pronto pudiera ver las almas de los hombres, y entendiera lo bellas que son. El universo es una preciosa amalgama de colores brillantes, y dentro de cada uno de nosotros hay una joya de intenso fulgor llena de verdad y emociones profundas.

Me giro hacia Joanna, y ella puede ver lo que pienso igual que yo puedo ver lo de ella, como luces fosforescentes que brotan de su alma.

—¿Es... Es así como tú ves el mundo?

Sonríe, igual por dentro que por fuera. Su alma está en paz con todo el Cosmos.

—Cada día.

Pero ni siquiera el Paraíso está libre de guerras.

Tan pronto como nuestros ojos se adaptan a lo que nos rodea, los piratas comienzan a dispararnos. Araña Reilly abre fuego a discreción sobre los pocos que quedamos en carrera, y los propios cañones que flotan alrededor del cuerpo de Nolan nos torturan. Hay que jugar a sortear los rayos e intentar que la distancia se reduzca lo más posible, pero no es fácil conjugar la carrera con nuestra misión.

De pronto noto que el aura de Joanna se enrarece, dominada por una furia brutal y asesina que no le he visto nunca. Aprieta los dientes (o lo que tiene por dientes) y acelera al máximo, tirando de nosotras como muñecos. Y entonces sí que veo el miedo en los ojos de los piratas.

—¡Es hora de que respondas por tus crímenes, asesina! ¡Y te juro que vas a pagar!

—No podéis hacerme nada, soldaditas. Ésta no es vuestra jurisdicción.

—No estoy hablando de leyes, sino de justicia. No me recuerdas, ¿verdad? Mi nombre es Joanna Vences, hija de José Vences y Yolanda Aldaz, que trabajaban como tele-médicos en la Estación Orbital Salacia hace veinte años. ¿No te acuerdas?

—¿Sa... Salacia?

—Justamente. Tú y tus hombres volasteis en pedazos la Estación y matasteis a todos los que iban en ella, sobre todo a mis padres. Llevas años asesinando Ballenas Espaciales por todo el Sistema Solar. Maldito monstruo. Sólo los humanos sacrifican las vidas de los suyos sin razón.

Nolan se estremece. Los recuerdos la asaltan, y es consciente de que no era lo que esperaba. Sí que es cierto que lleva mucho tiempo arrasando naves en zonas que pertenecen a la ONU, y más que nada acabando con la vida de las Ballenas que deciden trabajar con los hombres, disfrazándolo de una supuesta lucha política en contra del colaboracionismo. Pero nunca pensó que eso pudiera explotarle en la cara.

Hace cien años aparecía en holovisión lanzando mítines políticos a favor de la segregación y el aislamiento de las Ballenas, y ahora que pretende volverse legal y vencer en la carrera, va a tener primero que pagar sus culpas.

–No... No es posible. No quedó nadie vivo en la Salacia

–En eso aciertas. Pero mi madre ya estaba embarazada de mí, y casi a término. Fue un milagro que pudieran salvarme, y entonces me prometí que algún día te haría lo mismo.

Acelera como nunca he visto que pueda hacer una Ballena, y pasa por delante de O'Brian sin molestarse. Araña Reilly sigue disparando de modo compulsivo, y le acierta unas cuantas veces, pero nada puede detenerla ya, absolutamente nada. Nolan tiembla de pavor.

–¡Hoy no voy a llevarte a ningún tribunal! ¡Hoy va a ser ante mí ante quien respondas!

La golpea con el morro a una velocidad totalmente imposible, y la pirata pierde el rumbo. Muerde su cola entre las barbas que le hacen función de dentadura, y la zarandea.

Esto se ha convertido en una guerra a muerte.

Mientras, Albatros y yo volamos hacia Reilly esquivando sus rayos, y atacamos en conjunto. Ella anula instantáneamente la velocidad del cañón láser con que nos dispara, y hace que se esfume del hiperespacio. Es mi turno.

–Dime, pirata, ¿sabés cuál es mi poder? Fátima es telépata, Fuego y Hielo dominan las temperaturas, y Joanna Vences la teleportación. ¿Sabés lo que yo hago? Yo hablo con las máquinas. Yo puedo captar tus pensamientos y manipularlos, como si fueras un títere y yo manejara tus hilos. Creo que ahora vas a arrepentirte de haber transferido tu cerebro a un robot.

Abro las manos frente a su cara, y al momento queda paralizado. Muevo los dedos como un pianista, y sus tentáculos me pertenecen por completo. Domino su vuelo, sus movimientos y lo que puede pensar o no, y apenas dejo ni que sienta miedo. Hago que se gire ciento ochenta grados y golpee a Nolan en pleno costado. De ser uno de los piratas más tenidos del Universo ha pasado a convertirse sólo en un proyectil.

–Transmisión completada –anuncia Fátima–. La Central ya sabe todo lo que tiene que saber de esta gente, y ha enviado una Patrulla de Balleneros a interceptarla en la meta.

Balleneros. Ahora sí que Nolan experimenta el horror. Han mandado al Cuerpo de Élite de Intervención Anti-Ballena, los más peligrosos marinos japoneses armados para detener a cetáceos rebeldes, y que llevan años deseando hincarle el diente justamente a ella.

Eso si Joanna deja un solo trozo entero que puedan detener. Su furia es como un tornado en mitad de un caleidoscopio de hipervelocidad, sus aletas se mueven rabiosas entre los quejidos de la Orca, y ninguna de sus heridas le vuelven a doler. De pronto Nolan deja de oponer resistencia, y su aura se hace clara a nuestros ojos como el cristal. Dos auras. Una en su pecho, y otra más pequeña que nace en su vientre.

Joanna se detiene en el acto.

–¿Comprendes ahora? –dice la pirata, que ya no me parece más que patética–. ¿Comprendes... por qué quería volverse legal? Una cosa es lo que yo haga cuando estoy sola, y otra historia es... así.

De pronto nuestro ataque se convierte en nada, y la furia se diluye. Nos mira con ojos de una profunda tristeza, de una soledad infinita y de indefensión, justamente en la época en que está más necesitada. Pero no puedo sentir ninguna clase de empatía por ella. Ha asesinado a miles, ha destrozado familias y mundos enteros sólo porque podía, y su vida es un sangriento paseo a través del Universo.

Es lo más despreciativo que puedo sentir por nadie. Yo también manejo grandes poderes, y soy consciente de los horrores que se pueden desatar sobre los hombres si quisiera. Por eso los dioses son especímenes seleccionados en laboratorio, y la ONU tiene que dar su visto bueno antes de conceder poderes a nadie. Por eso hay grupos de Operaciones Especiales como nosotras, para cazar a los dioses rebeldes y poner orden en esta Galaxia.

Porque la ciencia ha dado a los mortales capacidades que nunca soñaron, y nosotras nos aseguramos que las usen bien. Los viejos inquisidores, con alas de ángel y un cuerpo para el vicio.

–¿Y bien, soldado, cómo vas a actuar? Estoy en tus manos. ¿Vas a hacerme lo mismo que te hice yo a

ti? ¿O vas a dejar que me escape?

–No te lo mereces. Tú nunca te has arrepentido de tus crímenes. Hemos tenido que perseguirte durante años, e incluso en esta carrera nos ha costado muchísimo llegar aquí. Estás en mis manos, sí. ¿Por qué debería perdonarte? Tú no lo harías.

–No, pero tú no eres yo. Y esta elección ya la hiciste hace mucho tiempo, cuando te uniste a las FAE. Vosotras no sois asesinas, a diferencia de los piratas. Así que reconoce lo que vas a hacer, porque todas lo sabemos.

Se miran, y por desgracia las dos se conocen bien. Sólo hay una salida a esta guerra, y lo tenían previsto desde un principio.

Y es la voz de la Organización la que lee la sentencia.

“Atención, Ballenas, os aproximáis a la meta. Neptuno os aguarda con los brazos abiertos. El hogar de nuestra raza, el final de vuestra carrera. Frenad de nuevo donde termina el túnel, y luchad por vuestro premio en las aguas del Planeta Submarino”.

Joanna observa a su enemigo consciente de lo que va a pasar, y Nolan desaparece. La espera su grupo en alguna parte del espacio sub-luz, y a nosotros la victoria. Pero Joanna no puede evitar la tristeza, y el sentir que no es la única Ballena que nacerá indefensa.

–Sólo voy a darte una oportunidad, asesina. No quiero volver a verte en ninguna ruta comercial, ni oír de ti en ningún sitio, o no seré tan magnánima. Tienes la ocasión de criarla en paz, fuera de todas estas mierdas, y yo que tú la aprovecharía.

Y veo en la última mirada de nuestro rival algo que nunca pensé que habría: el deseo de una vida pacífica, el hartazgo de la lucha y la sangre. Puede que hasta los criminales más peligrosos encuentren alguna vez su corazón, por extraño que nos parezca.

Y por mucho que también nosotras deseemos alguna vez esa vida.

Joanna aprieta las gigantescas mandíbulas con la victoria de veinte años conquistados, y ni cien Ballenas jugándose la vida pueden vencerla. Se estira como un misil brillante que refleja la luz del Universo, y sus músculos son los más poderosos de la Creación. Camille O'Brian intenta ganar ventaja de la guerra entre líderes, igual que las dos Yubartas que quedan, pero nadie puede ya competir con ella. Es una diosa, un poder superior a cualquiera que se haya visto, y su principal virtud es una voluntad inquebrantable.

Nos mira, y sabemos que ya ha ganado, porque su deseo de superación es el más intenso de toda la carrera. No es una cuestión de velocidad, ni de poderes sobrehumanos, lo único que importa en esta competición es la voluntad, y en eso Joanna Vences ha demostrado superarlas a todas con creces.

Calcula mentalmente la gravedad de Neptuno y la densidad del agua de mar, y frena sin preocuparse al acabar el túnel. Las luces del hiperespacio se apagan y surge a nuestra vista el azul profundo del Planeta Submarino, donde las ciudades viven a mil metros bajo el agua y sus moradores respiran por branquias. Las Yubartas aún creen que son rivales, pero Joanna sólo está jugando a que piensen que compiten, como el adulto que corre con niños.

Respira hondo justo a la vez que sus pulmones se llenan de agua, y las rebasa sin mucho esfuerzo, sacando la cabeza entre el pelotón. Contempla a lo lejos la meta en forma de Columnas de Hércules, y entra la primera con una confiada sonrisa de triunfo.

Nunca hubo competición, ni duda en su victoria, sólo un largo recorrido que ha merecido la pena. Y no hablo sólo del hiperespacio.

Los periodistas la rodean con la expectación de un triunfo histórico. Es la primera vez que gana una Ballena colaboracionista, una de las pocas que creen en la relación cordial entre hombres y cetáceos. Es un momento sin igual que puede significar un hito en las relaciones políticas con la Nación Ballena, y todos lo sabemos. No se deben desperdiciar estas ocasiones. No estamos sobrados de buenas intenciones hoy en día. De pronto las holo-cámaras se alejan de ella y forman un espacio a su alrededor que nadie ocupa. Se concentra,

y manipula la vibración de sus moléculas hasta entrar de nuevo en el hiperespacio por propia voluntad, sin necesidad de moverse del sitio.

Joanna se presenta ante la Organización de la carrera, el poderoso Concilio de Ballenas Espaciales que lleva eones gobernando sus destinos, y ellos la observan como al niño que se ha hecho adulto frente a sus ojos, y ha terminado convertido en guerrera. Mil Ballenas de todas las especies revolotean en el cielo como gaviotas, unidas en un solo espíritu y una sola voz. Hay Ballenas del Cinturón de Asteroides que llevan siglos peleando con los piratas, Ballenas Solares que habitan en el corazón de las estrellas y nos traen su luz, Ballenas tan grandes como planetas, y otras como libélulas, Ballenas Negras, Ballenas Lunares, Ballenas Imaginarias y Hermafroditas, y también hay Ballenas del Desierto del Sahara que son las que organizaron esta carrera.

Y cuando hablan, lo hacen como una delicada caricia en la mente de Joanna, como un susurro dulce de muchas voces entremezcladas.

“Joanna Vences de Neptuno, tu proeza ha sido una de las mayores contempladas nunca por este Concilio. Estamos orgullosas de tu esfuerzo y tu infinita voluntad de superación. Tu camino hasta aquí ha sido largo, pero sin duda ha valido la pena. Bienvenida a la madurez. Desde hoy serás considerada como una de aquéllas que merecen honrar su nombre por todo el Universo, y formarás parte de la Canción de las Ballenas que repiten en el hiperespacio. Enhorabuena. Este Concilio te nombra desde hoy Embajadora de la Nación Ballena ante los Hombres. ¿Aceptarás este honor, Joanna Vences, y defenderás los derechos de los tuyos en cada rincón de la Galaxia donde sea preciso?”.

–Desde luego, señoras. Estoy a vuestra disposición.

“Pues vuelve entonces al espacio sub-luz, y sé nuestra voz en la distancia”.

En los siguientes minutos los reporteros la acosan y la convierten en una celebridad. Su nombre aparecerá en todos los medios y sus opiniones serán tenidas en cuenta como los de alguien que debe ser escuchado. Ya no es una simple Secretaria de Traducción buscando su camino, ahora es una Ballena adulta que representa a la nación más poderosa del Cosmos, y de cuyas decisiones dependerá el futuro económico de todos los hombres.

Pero hay una Perra Cosmonauta que no se lo va a poner tan fácil.

Escucha sus pasitos sobre el cemento como las campanadas del Juicio Final, y se da cuenta de que todos los que la rodean están congelados. Los periodistas han quedado paralizados a media pregunta, las holocámaras flotan en el aire inexpresivas, y en sus casas los espectadores piensan que la conexión se ha detenido por alguna tormenta solar que interrumpa las señales. Nunca porque la Directora de las FAE ha creado una esfera de detención temporal en la que sólo se mueven ellas.

–Enhorabuena, señorita Vences. Me alegro de su victoria –le dice con el hocico serio como si no se alegrara lo más mínimo–. Mi nombre es General Laika Kruschreva, nunca llegamos a hablar cuando nos propuso este asunto, pero creo que ahora sí que tenemos una conversación pendiente, ¿no lo cree?

El corazón le da un vuelco en el pecho, y por primera vez la Ballena siente verdadero pavor. El que no tuvo recorriendo el hiperespacio ni luchando contra piratas con armas de destrucción masiva.

–Su... Supongo, General.

Laika huele su miedo (se dice que todos los perros pueden hacerlo, ¿no?), y disfruta. Camina en torno a ella estirando los segundos como años, y haciendo que la Ballena se torture. Sabe que le va a caer un rapapolvo, pero no sabe cuándo será.

–¿Y qué tal todo, entonces? ¿Encontró lo que buscaba?

–Ga... Gané la carrera. Sí, supongo que sí lo encontré.

–No me refiero a eso. Usted acudió a nuestra Oficina pidiendo ayuda para capturar a los Piratas del Cinturón de Asteroides, y en cambio de eso no hemos conseguido nada. Nos ocultó su historia personal con Capitán Nolan, y su deseo de buscar venganza.

–Pensé... que si lo contaba no querrían ayudarme.

–Somos la Fuerzas Aeroespaciales, señorita. Nos ocupamos de estas cosas, y nunca decimos que no a nadie. Y en cuanto a lo de ocultarnos información, recuerde que llevo en esto desde 1957, mucho antes de que usted o sus padres nacieran. Si no hubiera sabido lo que pretendía hacer no habría mandado al Escuadrón Nueve a apoyarla. Son las mejores, y una ocasión como ésta lo merecía.

–Gra... Gracias, señora. Pero, ¿qué pasará ahora con Nolan? No hemos logrado capturarla, como les prometí.

–Esa pirata está acabada, para siempre. Los aislacionistas no la querrán después del fracaso de hoy, y su única salida digna será admitir los recuerdos que ya hemos copiado de su mente y acogerse al Programa de Protección de Testigos. Toda la red caerá en nuestras manos.

–Mató a mis padres y a los cosmonautas de la Estación Salacia, ¿y ustedes le van a dar una nueva vida y una casa de playa en La Atlántida? No me parece muy justo.

–Oh, no, tendrá que seguir un período de resocialización con uno de nuestros psiquiatras telépatas de la Nación Delfín, y sólo entonces podrá ser liberada. ¿Qué sugiere si no, Vences? ¿Encarcelamiento? Hace mucho de aquello, y por suerte lo hemos superado. Supérelo usted también.

Camina despreocupada hacia el muelle de transatlánticos, dejando que Joanna revolotee dudosa. Le costará olvidar lo de hoy, y aceptar que las cuentas pendientes de sus padres ya se han saldado. Laika lo entiende, y piensa en cómo sacarle partido a eso. Siempre fue una buena juez de caracteres.

–Por cierto, señorita Vences, mis chicas han hablado bien de usted. Quizá le interesaría colaborar más frecuentemente con las Fuerzas Aeroespaciales, como hizo su padre.

–Mi padre fue la primera Ballena Marine de los Estados Unidos. Sería... un verdadero honor seguir sus pasos.

–Bien. Otro Chaqueta Metálica¹. Puede que hasta le llamemos así en adelante. Fue el nombre en clave que él usó durante muchos años.

–Lo sé. Gracias, señora. A ellos les habría gustado.

Se miran a los ojos durante un instante, como ya hiciera Laika con José Vences un par de décadas atrás, y junto a la Directora se materializa un diminuto anillo de plata con una piedra negra en su interior. Una piedra que absorbe la luz sin dejar que escape un solo rayo de su superficie.

–Ésta es la fuente de nuestro poder, Vences. Se llama El Anillo Prometeico. Lo construí yo misma a partir de un fragmento de la Materia Oscura del Universo, y te permitirá controlar tus facultades como nadie más puede. Hará que vuelas más rápido que ninguna otra Ballena que exista, que puedas controlar la teleportación a distancias imposibles y con una precisión que nunca has imaginado. Todas las integrantes del Escuadrón Nueve lo llevan, y por eso nos llaman Daimones². Porque guardamos los planetas de aquellos dioses rebeldes y caprichosos. Tú serás una de las nuestras.

–Pero... General...

–¿Sí?

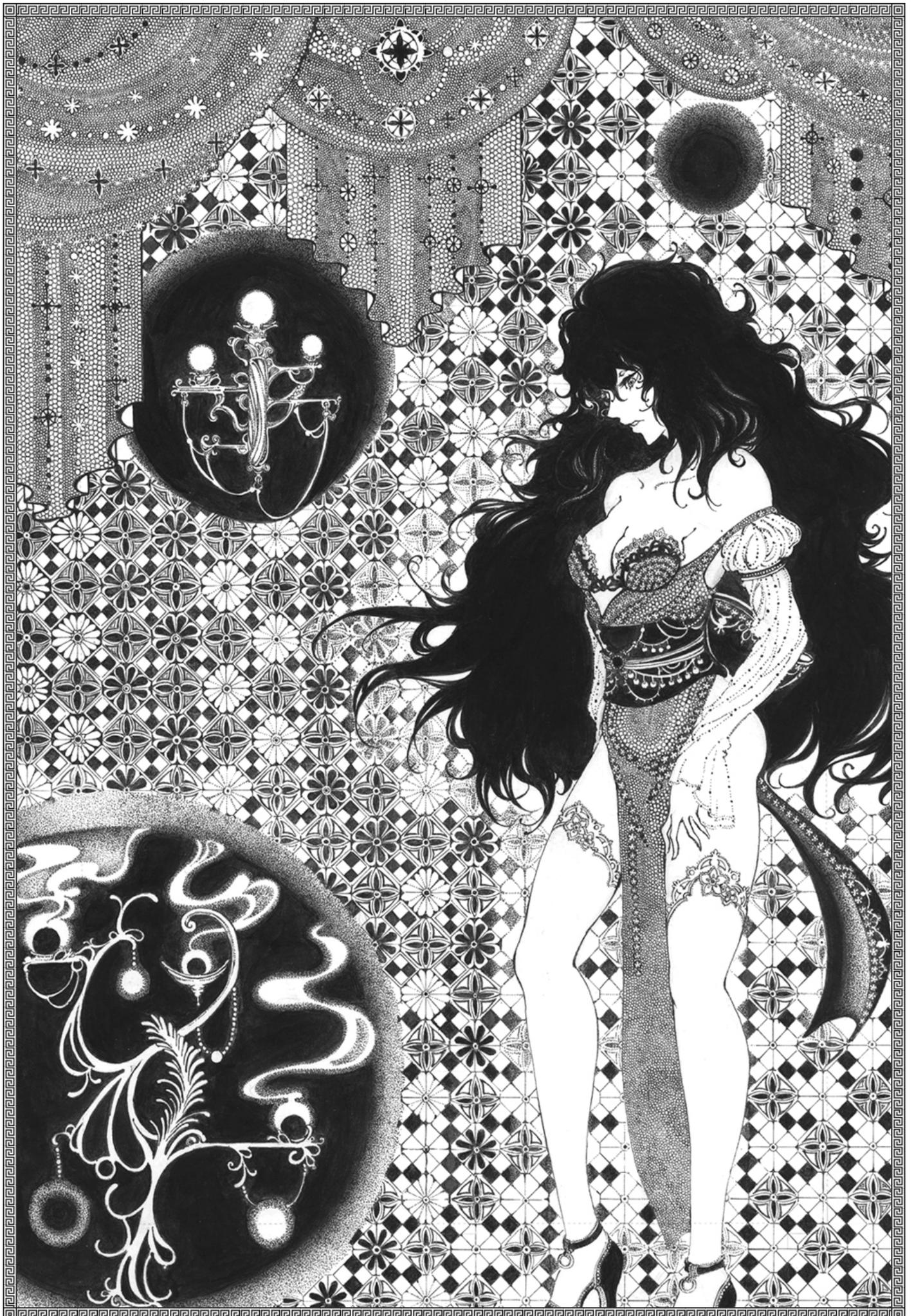
–Yo... no tengo dedos.

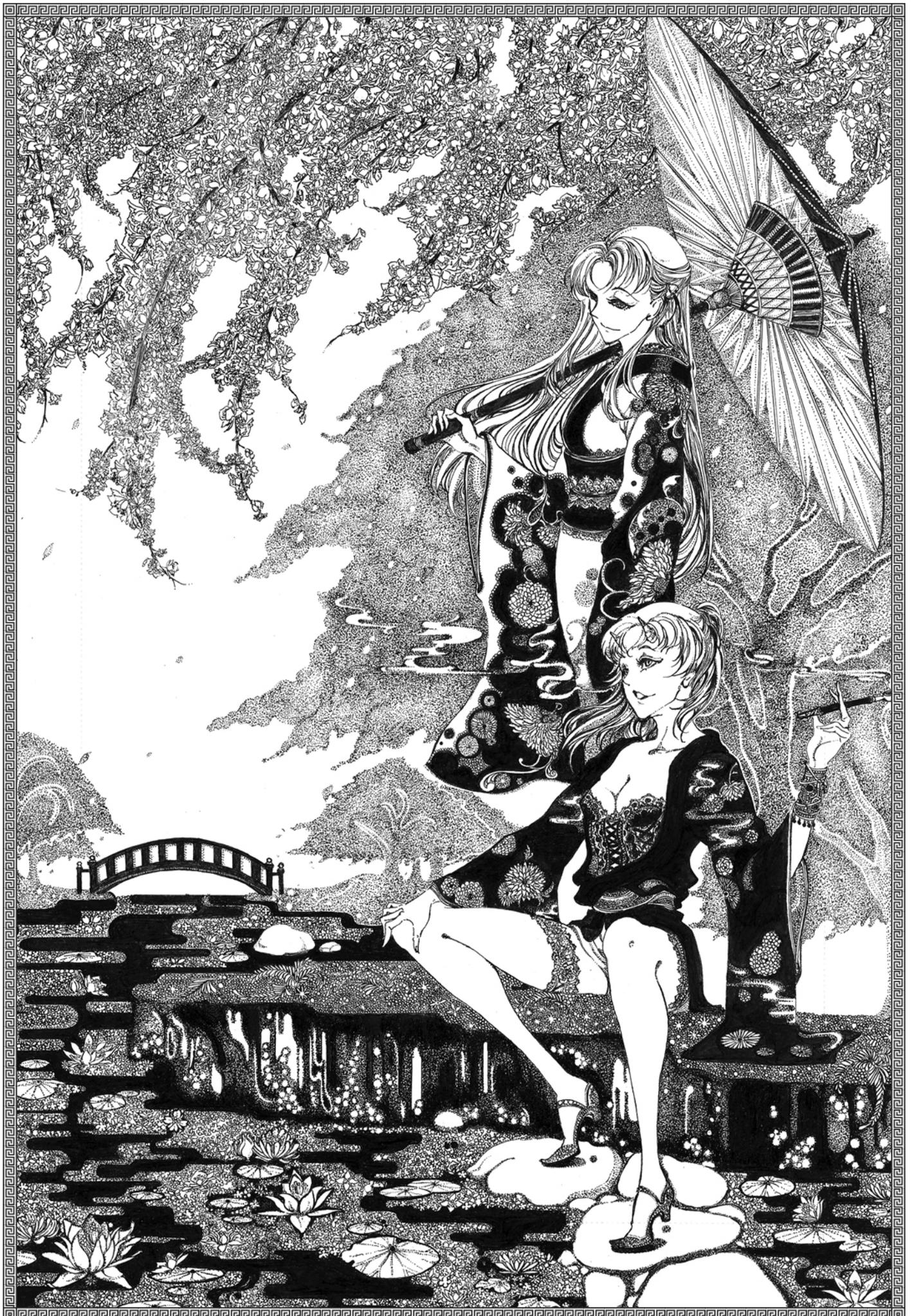
–Umm... Tengo que hablar con la Sección Q. Con eso no habíamos contado.

Galería de Syunsai















—FA—

por Angel de Aluart

En el año 2071 la Organización Mundial de la Salud (OMS) extendió por el planeta la terrible noticia de que la enfermedad que estaba matando a tanta gente en los últimos tres años era la mutación genética denominada FA. El descubrimiento de la enfermedad se debió a los biomédicos de los Laboratorios Farmacéuticos Delca de Boston y afectaba básicamente al cromosoma Y de los varones de la especie humana.

El FA ya había superado con creces a la virulencia de la antigua enfermedad “síndrome de inmunodeficiencia adquirida (VIH)” que devastó a gran parte de la población mundial al principios del milenio.

En 2035 se creó el grupo biomédico THEX, un organismo creado en la Red que controla a la OMS y sus grandes laboratorios farmacéuticos. Este grupo encabezado por el biomédico Antón Bowman demostró que el SIDA fue creado en un laboratorio y que se convirtió en la primera enfermedad de diseño creada por el Hombre.

Antón acusó a los laboratorios implicados de convertir la enfermedad en crónica para de esta forma vender muchos mas fármacos.

Otras enfermedades de diseño en forma de pandemias, como N1H1 “la gripe porcina”, fueron “controladas” de inmediato por los fármacos de estos laboratorios para acallar las cada vez mas numerosas voces del THEX. Pero ahora habían llegado demasiado lejos. Esta nueva enfermedad modificaba el cromosoma Y, se hacía imprevisible su desarrollo. Solamente se suponía un fatal desenlace para la raza humana.

El THEX luchó hasta la extenuación para conseguir una vacuna y una solución para el FA pero todos sus esfuerzos fueron inútiles porque la enfermedad se transmitía velozmente y ya se les había escapado de las manos.

La población mundial comenzó rápidamente a menguar y eso desembocó en un nuevo orden mundial en el que prevalecía la anarquía ante las decadentes democracias.

Las bio-guerras de los años 2040 diezmaron mucho a las poblaciones emergentes y China, al igual que Brasil y la India, redujeron su población en mas de la mitad y con la mayoría de los habitantes contagiados.

En el continente americano todo llegó un poco mas tarde pero tampoco se libraron del FA y ahora sus habitantes viven en un estado permanente de pobreza.

Los grandes laboratorios farmacéuticos fueron destruidos y saqueados por la numerosa muchedumbre enardecida que estaba en su contra y les consideraba culpables de la pandemia. La locura propició que se destruyese el origen y la solución de la enfermedad.

La clase política fue desapareciendo y el mundo comenzaba a necesitar nuevos líderes...

Me llamo Anatole Mackenzie y nací hace 49 años y dos meses en el sur de Francia, cuando Francia aún era un país de Europa, hace ya tres décadas antes de la pandemia del Fósforo Azul. Creo que nací de una inseminación artificial y mi madre —que no llegué a conocerla— era de alquiler.

Mi infancia fue feliz, no se muy bien lo que es la felicidad, así que la asocio con pasárselo bien. Me llevaron al colegio para niños superdotados de Lyon, donde fui a parar desde que el SIQ (programa de detección de mentes privilegiadas) me puntuó con coeficiente de 137. Allí estudiaba poco y practicaba en el laboratorio cuatro horas diarias. A los 16 años me implantaron un 666, un microchip de seguridad que sirve entre otras cosas para enviar datos de tus órganos, y sobre todo del cerebro, a la máquina Nebula IV de 500.000 núcleos y allí los procesan para traspasarlos a la Matriz de la Compañía Bik, también sirve el 666 para saber en cualquier

momento cual es tu paradero.

Corre la leyenda que lleva incorporada una bomba de silicio que destruye el neurocortex en una milésima de segundo, pero yo no lo acabo de creer.

Una vez implantado el microchip 666 pude comenzar a salir con mis amigos, ir a fiestas, frecuentar musibox y todas esas cosas que existían antes.

Mi futuro estaba en la física cuántica y cuando mi mente comenzó a fortalecerse y sobre todo el cambio de voz, se interesó por mi el laboratorio de robótica de la Bik Industries Corp. para formar parte de su proyecto Ganímedes , éste, sin duda, era uno de los mejores clubs científicos del mundo. Mi suerte estaba echada y mi vida resuelta así que me convertí en un feliz muchacho de amplia sonrisa y dispuesto a todo.

Cuando una promoción de la escuela se graduaba, a los que habían sobrevivido intactos de los duros entrenamientos, la empresa Bik pagaba un viaje exterior de diez días a todos los afortunados que habían sido escogidos por los grandes clubs científicos del globo. El resto formarían parte del proyecto Cyborgmax , como cobayas para ser implantados o a veces eran eliminados, sobre todo si habían resultado lesionados de gravedad.

El laboratorio decidió acortar el viaje exterior debido al duro calendario del proyecto de ese año, así que el viaje esta vez sería de tres días y el transbordador daría vueltas a la tierra con órbitas distintas en cada vuelta, nos detendríamos a repostar en la Plataforma de la Conferencia China Shenzhou y sin perder mas tiempo, regresaríamos a casa.

El día 19 de Septiembre de 2038 el transbordador Leónidas partió de las Azores con ocho tripulantes y cincuenta nuevos científicos de todas partes del mundo para orbitar la tierra unas cuantas veces y regresar cuanto antes.

A pesar del recorte del viaje la moral estaba por las nubes y después de algunas presentaciones no dejamos en ningún momento de cantar.

En una de las órbitas nos enteramos— con bastante retraso— que la tripulación había perdido contacto con la base de la Azores y a pesar de los esfuerzos realizados los pilotos tenían que navegar en modo manual, que no se había utilizado desde la emergencia del 2021 cuando el transbordador Isis que perdió parte de su estructura de cerámica al chocar contra algún satélite antiguo de los llamados basura espacial. En cuanto completaron la quinta órbita y se divisaba en el horizonte la Shenzhou, la tripulación comenzó a preocuparse sobre todo cuando intentaron contactar con los chinos de la estación. El Capitán nos comunicó que haríamos una parada rutinaria para repostar y reparar la avería de la dirección de las antenas ya que no habían podido reestablecer la comunicación con la base ni con la Estación.

Nadie se inmutó y todos seguíamos con nuestra fiesta de fin de curso. Fue mi compañero de asiento Philippe, también francés, el primero en llamar desde su móvil, y fue el único que pudo escuchar como alguien que contestó a la llamada decir que había habido algo relacionado con una enfermedad, él intentó preguntar pero ya no obtuvo respuesta. Los demás hicimos lo propio con el mismo resultado. La cosa pintaba fea. No era nada normal este tipo de averías y mucho menos que todas fueran simultáneas. Philippe decidió no explicar a nadie lo que había oído, me lo dijo un poco después entre sollozos. Los chicos comenzaron a preocuparse y se produjo un silencio escalofriante dentro de la nave.

El piloto decidió acercarse a la estación china, pero por la forma de cómo se veían los hierros oxidados del exterior, parecía no tener demasiada pericia en pilotar con el sistema manual de emergencia.

El resultado fue catastrófico para la estación y para el transbordador. Chocó contra una grúa de reparaciones en la habían unos hombres trabajando y salieron despedidos al espacio casi destrozados por completo. La grúa se empotró en uno de los motores de la nave e hizo saltar el ala derecha además del motor central que a su vez fueron a parar al centro de la Estación produciéndose un terrible impacto.

Todo se desmoronaba a nuestro alrededor y nadie de la tripulación salió para decirnos nada. Philippe y yo corrimos a la bodega de la nave y buscamos como posesos los trajes espaciales para emergencias. Encontramos cuatro en sus habitáculos cerca de puerta de la bodega pero los otros cuatro que debían estar no estaban, en su lugar había un boquete enorme taponado por un aerobag que tenía pinta de no durar demasiado.

Decidimos ponernos los trajes y avisar a los demás, pero ya se había producido la brecha letal en el fuselaje y la gente flotaba ingrávida por la nave chocando contra todo lo que había por delante.

Philippe me miró desde su traje con horror y pulsó el disparador. Yo no tardé en hacer lo mismo. El traje tenía una autonomía de 10 horas y según el cálculo de la computadora del antebrazo izquierdo tardaríamos 23 horas en entrar en contacto con la atmósfera terrestre. No nos podíamos impulsar con los cohetes porque los necesitaríamos una vez dentro de la atmósfera.

Philippe estaba lejos y a pesar de las muchas interferencias pude oír que cantaba. De pronto surgió un destello azul de su traje y se dirigió a la atmósfera, pero su ángulo no era correcto y rebotó saliendo a una velocidad fantasmal hacia el exterior.

En ese instante perdí toda la esperanza de sobrevivir. Observé un destello plateado a lo lejos y el escanner del traje me confirmó que era una parte de la estación que viajaba a la deriva a 17000 Km/s sin control alguno. La distancia era de 9 Km. Tardaría una eternidad en alcanzarla.

Logre acercarme a las dos horas de haberme puesto el traje y el controlador de aire marcaba emergencia. Por fin la alcancé.

La parte desprendida de la estación era la bodega de carga y era un compartimiento estanco, esta fue mi gran suerte. Estaba muy dañada pero cuando entré por la escotilla el indicador de oxígeno marcaba normal. El aspecto era desolador, no tendría más de 20 m² y estaba lleno de paquetes con etiquetas en cirílico. Así que comencé a abrir paquetes para buscar algo para sobrevivir.

El volumen del ala podía hacer que entrase en la atmósfera sin rebotar. Tenía que hacer un cálculo muy preciso, tal vez el ordenador de Philippe o él mismo falló en sus cálculos, yo no podía fallar, no debía fallar.

Calculé el ángulo, el tiempo y la velocidad de entrada. El exceso de fricción de 6.9° a 90° y la repulsión de 5.5° o menor. Eso me dio un ángulo de incidencia de 6,2° con un margen de solo 0,7°. Eso es. Habría una posibilidad entre tres de entrar. Tenía que intentarlo.

Me acerqué con mucha cautela sin ocultar el miedo que sentía y lo traduje en un espeluznante grito. Impulsé dos segundos el cohete derecho del traje. Aun así, el impulso me lanzó a una velocidad enorme hacia el ala y las ventosas de las rodilleras me pegaron literalmente a la superficie de cerámica y sin perder un segundo, disparé los dos cohetes durante 0,30 de segundo. Fue lo suficiente como para sentir que me acercaba rápidamente al punto de reentrada. Me aferré al ala estirándome por completo sobre ella y cerré los ojos. Fue espantoso, parecía que todo iba a explotar de un momento a otro. El ala se estaba haciendo añicos y casi si ver nada me solté de ella. Fue providencial porque el ala entró en combustión a los pocos minutos y el traje pudo aguantar las llamaradas cuando las atravesé.

Miré la pantalla táctil del traje y estaba chamuscada. Estaba cayendo a una velocidad de vértigo y mis botas pasaron de las llamas a la congelación en muy poco tiempo. Era una antorcha humana. Al mirar arriba vi el humo negro que desprendía el traje al enfriarse, pero no sentía nada.

Palpé con las manos los mandos del control manual de los retrocohetes y lo encontré. La espesa capa de nubes no me dejó ver lo rápido que se acercaba el mar hacia mí. En cuanto lo divisé, tiré de los mandos de los cohetes rezando para que se hubiesen posicionado correctamente para la frenada. El paracaídas negro no podría usarlo hasta los 3000 metros y me quedaría el rojo para los 1000 metros finales. Pero no tenía conciencia de la distancia.

Sentí como estuve a punto de salir de dentro del traje cuando los retrocohetes hicieron su trabajo, pero solo fue la sensación. De todas formas la sacudida fue tan grande que perdí en conocimiento unos segundos. Cuando recuperé el sentido, el mar estaba peligrosamente cerca y tiré rápidamente de la palanca del paracaídas negro. Se soltó pero creo que estaba todavía muy lejos del mar y la velocidad de descenso era tan grande que este se rompió y no hizo su función de frenar la caída. Intenté no ponerme nervioso pero no lo conseguí. Puse entonces la mano en la palanca del segundo paracaídas y miré hacia el mar. Habían manchas blancas que se movían rápidas en la misma dirección y eso me rehizo la conciencia de distancia. Intenté recordar cuando recorrería una distancia de 1 Km. corriendo en la escuela y calculé a ojo desde las olas a mi traje.

Bajé la palanca y el paracaídas rojo se desplegó lentamente. No había calculado bien porque llegue al

agua a una velocidad vertiginosa y el impacto me hizo perder la mochila de los cohetes. Pero la suerte fue que el paracaídas cayó abierto y en el agua impidió que me fuese al fondo no se a que distancia, tampoco sabía en que mar había caído, no había visto tierra ni nada que fuese una referencia.

Salí a flote y pude por fin abrir la visera del casco. Respiré profundamente, estaba dolorido, sentía náuseas y me quedé dormido un tiempo al calor del sol.

Después de tres días a la deriva divisé algo que rompía la monotonía del horizonte, como si una nube polvorienta se levantase de pronto.

Nadé hacia allí y pronto apareció algo grisáceo que una vez comprobado con las lentes de aumento del casco era un promontorio, pequeño pero un monte al fin y al cabo.

Nadé toda la noche y toda la mañana siguiente hasta que la montaña ya aparecía mas cerca. También había una cantidad de basura y escombros impresionante, pero no se divisaba ni un alma por allí.

Era un islote pequeño del Mediterráneo y su costa era muy rocosa, mas bien parecía un montón de piedras mal puestas. Ni asomo de vegetación. Los escombros lo invadían todo y cuando pude coger el primero, me di cuenta que era un trozo de lavabo, después había un flotador de niño, botellas de agua mineral si abrir, madera que había pertenecido a una casa de esas de la costa. Todo estaba destrozado y seguía sin haber ni una señal de vida.

Apoyado en un tronco llegué a una roca que me pareció lo suficientemente plana como para subirme, eso hice y pude por fin quitarme aquel aparatoso traje que — por cierto—me había salvado la vida.

Cuando pude dormir no se cuantas horas trepé por las rocas hacia el interior del islote y me dirigí a la montaña que había visto por primera vez y una vez arriba descubrí que había llegado a una isla desierta, estuvo habitada evidentemente, pero ahora era un cementerio de objetos sin sentido.

En el traje espacial había un botiquín de primeros auxilios y un pequeño equipo de supervivencia que me permitió subsistir dos largos años comiendo gaviotas, erizos de mar y lagartos.

También pude construirme una choza con restos de escombros que “pescaba” entre las rocas.

Un espléndido día de verano apareció una vela en el horizonte. Un pescador furtivo divisó la proyección del rayo de sol en la visera de mi casco y se acercó al islote.

—¿Quién eres? —preguntó al verme

—Me llamo Anatole —respondí. El pescador se quitó la capucha, pero no la máscara de carbono que le tapaba completamente la cabeza. Era una mujer.

— Yo soy Tyra, de Efes.. es la isla mas grande de este archipiélago —dijo con desparpajo—, ¿eres un tío? —me preguntó de repente.

—¡Claro! — le quise responder que si no lo veía claro, pero me callé.

—Pues eres el único de por aquí, ¿sabes?.

—¿Cómo es eso? —respondí incrédulo.

—Todos murieron de FA.

—No se que es el FA— dije.

—¿Vaya? ¿Mo lo sabes? ¿Pero de donde c... vienes, tío?.

—En realidad vengo del exterior, estaba en un transbordador espacial y de repente explotó —quería decir mas cosas, pero no pude.

—Tengo que hacerte la prueba, si estás contaminado te mato aquí mismo, si no lo estás vendrás conmigo a Efes —sacó de no se donde una gran escopeta y me encañonó.

—Quitate la ropa, ¡¡Vamos!! —la tal Tyra hablaba en serio.

Una vez desnudo me puso una especie de cinturón que se cerró rápidamente sobre mis partes y sentí una aguja clavarse en mis testículos. A los 20 segundos me quitó el cinturón y leyó la pequeña pantalla incorporada.

— Estás libre de FA, vístete y salta a mi barca, todo eso no lo necesitarás así que no intentes escapar, por tu bien.

Tyra se quitó la máscara y pude ver su semblante. Era rubia y joven, unos 30 años diría yo. Sin quitarme

un ojo de encima y sin dejar de encañonarme se dirigió a mar abierto, lejos de la isla que me salvó la vida.

Llegamos a los dos días a Efes, era una isla mucho mas grande y mas llana pero no se veía rastro de gente por ningún lado. Los escombros seguían conquistando las playas lo mismo que la otra isla.

—Ahora, cuando desembarquemos, vendrán a buscarte. Te aconsejo que obedezcas lo que te digan, aquí no tenemos miramientos con nadie y menos con tíos —dijo tajante Tyra.

No se de donde aparecieron pero aparecieron. Un grupo de diez mujeres vestidas al estilo tribal de los años 2020 y que portaban armas de todo tipo me miraron de arriba abajo e incluso una o dos me tocaron como si no creyesen lo que veían.

—¡Si es un tío...! —dijo una dirigiéndose a Tyra.

—¿Seguro que la prueba a sido negativa? —preguntó la que parecía mandar el grupo.

—Seguro, Mia, seguro, no está contaminado... dice que viene del espacio exterior., no se si dice la verdad, pero tenía una escafandra como la de los USAF de antes.

—Esta bien, ven con nosotras, no opongas resistencia, si lo haces te matamos.. ¡¡ Eh!! la que tenga que dispararle que lo haga de cintura para arriba —dijo Mia.

Llegamos después de una larga caminata por campos sembrados y caminos de cabras a un poblado amurallado. Una vez dentro, observé que todas eran mujeres, aunque algunas tenían el aspecto de hombres, pero la voz les descubría. A mi me pusieron en una camilla y me hicieron estirar, me ataron con cinturones y me llevaron hasta un edificio que parecía una morgue.

Solo vi pasillos y mas pasillos hasta que al final de uno de ellos se detuvieron para abrir la puerta de una habitación llena de instrumentos médicos y me dejaron allí un par de minutos.

Al poco tiempo toda la habitación se llenó de mujeres vestidas de cirujano que me rodearon y comenzaron a entubar. Sentí un ligero mareo y una cierta relajación muscular.

Una máquina me rodeó el cuerpo y me mantuvo en vilo. La médico me colocó un tubo en cuyo extremo había un motor vibrador muy potente, la pusieron en marcha y la máquina comenzó a excitarme hasta el final.

—Creo que podremos extraer una buena cantidad —oí decir a una de ellas.

—Podremos inseminar a mas de cincuenta, eso está bien —dijo otra.

—Ponerle el suero vitamínico y dejarle descansar, cada día necesitaremos la misma cantidad.



La anciana corría descocada y sofocándose por la iglesia vacía hacia el despacho del párroco:
- ¡Padre!... me persigue un hombre desnudo.

Los dos salieron escudriñando con una mirada nerviosa cada rincón del templo gótico.
El cura palideció persignándose; la abuela no daba crédito.
En el retablo del altar mayor: el Cristo no estaba en la cruz.

por Jose Luis García

Mundos Aparte

por Francisco Javier Masegosa

Kalia recorrió algunos metros antes de desvanecerse. No sintió en su mejilla la arena ardiente del desierto. Ni siquiera fue consciente de que rodó varios metros hacia las dunas más profundas, simplemente se desplomó.

Cuando Tare escuchó el sonido de la arena deslizándose a sus espaldas, comprobó preocupado cómo su compañera había desaparecido entre los médanos. Reculó unos metros y, horrorizado, observó el cuerpo inerte de Kalia en el fondo de un precipicio dorado. Tenía que apresurarse si quería rescatarla con vida. Las criaturas de aquel arenal se alimentaban con voracidad y podían percibir el movimiento de sus víctimas a grandes distancias. Uno de los brazos de su compañera estaba destrozado y terminaba en un muñón del que ahora manaba abundante líquido vital: eran las secuelas de una batalla sin cuartel. A través de la piel dañada de Kalia se podía entrever una compleja trama de venas transparentes que derramaban rafnina. Este hecho suponía que la vida de la hembra se acercaba a su fin a menos que Tare pudiera evitarlo, por lo que éste se deslizó con rapidez por el barranco de arena ardiente con grandes dificultades para mantener el equilibrio. Cuando se acercó a su esposa observó, por el sonido de su garganta, que aún tomaba bocanadas de aquel aire enrarecido y la meció con cierto alivio.

—¡Kalia, despierta! Queda muy poco para conseguirlo. No puedes rendirte ahora.

Kalia no despertó, había perdido mucho líquido, demasiado como para mantener la conciencia. Su compañero suturó la herida como pudo. Primero comprobó el deterioro de las terminaciones tubulares que se adentraban desde la amputación hasta la extensión de su codo y las cauterizó con sus propias manos. Repitió la operación hasta que se sintió satisfecho con el resultado. Después, Tare buscó entre sus enseres y encontró un tubo transparente que le sirvió para intentar una arriesgada transfusión. Abrió sus propias carnes y se clavó el conducto a pesar del dolor, aunque fue mucho más difícil para él el tener que abrir el pecho de su amada. Durante largo rato, el líquido corrió de un cuerpo a otro. Tare paró justo a tiempo: cuando ya empezaba a percibir cierto mareo. Pronto vio con satisfacción cómo Kalia volvía a la conciencia. Aquello gratificó su alma, porque aún les quedaba una oportunidad si lograban escalar las dunas doradas.

—¿Tare? —susurró con voz cansada Kalia. —¿Qué ha sucedido? ¿Dónde...?

—Seguimos en el desierto, amada —dijo Tare mientras acariciaba sus cabellos oscuros—, pero los cálculos no pueden fallar... El extremo del gran arenal tiene que estar muy cerca.

—Has perdido mucha vitalidad ayudándome —dijo Kalia, cuyos ojos expresaban tristeza—, solo soy un estorbo.

—Si no conseguimos atravesar juntos este infierno, no vale la pena llegar al fin del camino —Tare estaba absolutamente seguro de eso y la firmeza de su voz lo demostraba.

Un sonido sospechoso les alarmó. Pronto la arena colindante se tragó a sí misma como absorbida por una fuerza oculta que la aspirara y un ser peludo apareció por el boquete que se acababa de formar. Nunca

habían existido especies como las que poblaban ahora el mundo. La criatura a la que se enfrentaban estaba conformada por miles de patas que acababan en forma de bocas de afilados colmillos. Su cuerpo central era redondeado y estaba repleto de óculos de colores grisáceos. Tare disparó su última carga de plasma contra ella mientras ésta le mordía la pierna con una de sus incontables extremidades. Por fortuna, el disparo atravesó a la criatura haciendo estallar parte de su cuerpo y provocando un estruendo que se propagó en varias millas.

Los rafna estaban allí observándoles. Los pocos humanos que quedaban, como Kalia y Tare, ya no recordaban cuánto tiempo llevaban allí, pero sí sabían que el mundo antiguo había desaparecido para siempre.

Los rafna habían transformado el planeta convirtiéndolo en algo parecido a los infiernos con los que habían soñado los artistas de la antigüedad, sustituyendo plantas y animales por desiertos áridos y criaturas abominables.

Kalia y Tare esperaron a sus enemigos con tranquilidad. Pronto un grupo de seres escamosos les rodearon en las dunas.

—¡Malditos cabrones! —Tare se dirigió a ellos con desprecio mientras se intentaba arrancar de la pierna el tentáculo, sin demostrar signos de dolor— ¿Hasta cuándo vais a seguir con esto?

—Habéis superado todas las pruebas, pequeño humano —dijo uno de los escamosos dirigiendo su mirada afilada a Tare.

—¿Y ahora qué? —incurrió Tare con el odio marcado en el fuego de los ojos— ¿Nos vais a dar la libertad? ¿Y para qué queremos ser libres en este maldito mundo que habéis creado?

—Deberíais estar agradecidos, pequeño humano. Haber superado las pruebas en cada uno de los microterritorios os da derecho a tener vuestro propio espacio sin que volvamos a interferir en vuestras vidas.

—Los que deberíais estar agradecidos sois vosotros, bichos repugnantes —replicó Tare—. Os hemos dado entretenimiento durante meses.

—Habéis tenido el honor de ser el pasatiempo principal del imperio —dijo pausadamente el rafna.

Tare imaginó el placer que sentiría estrangulando a su enemigo, pero controló su ira; sabía que antes de poder acercarse al odioso rafna sería abatido por su grupo de secuaces. Su amor por Kalia era demasiado grande y ahora estaban muy cerca de la libertad como para echarlo todo a perder.

Uno de los rafna se acercó a Kalia y empezó a manipular sus heridas a pesar de la mirada de desprecio de ésta. Otro ayudó a Tare a desengancharse la articulación de la criatura, y manipuló su pierna maltrecha.

Una vez restaurados sus cuerpos, accedieron por una colina de arena, y en un punto concreto, aquel mundo desértico desapareció ante sus ojos para encontrarse con una atmósfera donde el cielo negro solo era cortado por los rayos de las tormentas eléctricas.

—¿Cómo pretendéis nuestro agradecimiento, monstruos? —amenazó con fiereza Tare—. Habéis destruido nuestras ciudades, transformado nuestros mares en lagos de color sangre, matado a casi todos nuestros semejantes... ¿Cómo puedo si no sentir desprecio hacia vosotros?

—Sabes pequeño humano, para nosotros sois insignificantes: vuestra tecnología arcaica, vuestros sentimientos inútiles, de nada os han servido para evitar la conquista de este pequeño planeta. Era cuestión estadística que lo que llamabais Tierra fuera rafnaformado. Siéntete feliz, humano, tú y tu hembra habéis superado todos los juegos y seréis recompensados por ello.

—Solo me sentiré feliz cuando desaparezcáis de nuestras vidas —rugió el guerrero humano desafiante.

—He de reconocer que es paradójico que muchos de los nuestros os aclamaran a través de sus holopantallas, incluso que yo creyera en vosotros en esta prueba final a través del escenario conocido como desierto.

—Si alguna vez tuviéramos la oportunidad de la venganza no dudaríamos ni un momento en matar a

todos los rafna que pudiéramos...

—Lo sé, pequeño humano. De hecho me defraudarías si no pensaras así. Dime, cuando restauremos vuestros órganos humanos y sanemos vuestras heridas, ¿en qué tipo de escenario deseáis pasar el resto de vuestras vidas?

Tare meditó profundamente la respuesta. Observó a su esposa y vio en sus ojos negros reflejado su propio sueño sobre la desaparición de los odiados invasores. Se aclaró la garganta y se dirigió con tono desafiante al rafna:

—Queremos un mundo donde vuestras ciudades y vuestro legado sean un recuerdo en forma de ruinas —expresó con convicción.

—Así os será concedido —dijo el que parecía el líder de los rafna, sin entender la pasión de Tare, pero aprobando su petición.

Kalia miró a su esposo con intensidad, los dos anhelaban la libertad hacía mucho tiempo, pero se habían prometido que jamás olvidarían la desolación que habían traído al mundo sus enemigos.

Una ciudad rafna con una cúpula central se erigía majestuosa en la noche eterna. Kalia y Tare fueron llevados a un edificio de líneas punzantes, donde fueron reconstituidos para adquirir de nuevo su humanidad. Ya no serían necesarias modificaciones corporales para poder soportar los extremos climas creados por sus enemigos, ni la excesiva carga de oxígeno de la atmósfera. Tendrían su propio pequeño mundo para poder vivir. Los rafna, los sanguinarios invasores, habían dado su palabra: Kalia y Tare ganaron su libertad luchando en todo tipo de escenarios de guerra. Habían sobrevivido a los primeros niveles de microterrarios donde peleaban con otros humanos. Consiguieron evitar a los terribles cazadores rafna en mundos tropicales y colmados de trampas y emboscadas y por fin habían sobrepasado el nivel superior en el desierto más atroz, acosados por las criaturas más despiadadas y terribles llegadas del planeta original de sus enemigos.

Desde su pequeño mundo el Sol brillaba con fuerza y el aire fresco acariciaba sus rostros. Tare palpó la abultada barriga de Kalia y percibió una patada que le colmó de dicha.

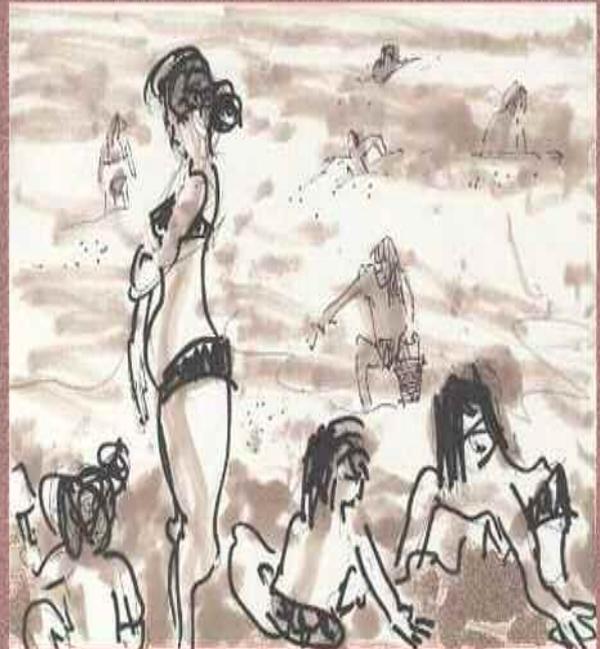
En el horizonte observaron los restos de una ciudad derruida, los restos de una civilización que se empeñaron en creer desaparecida: así se lo transmitirían a sus descendientes y estos a los suyos en las generaciones venideras.

SUEÑOS DE PLAYA

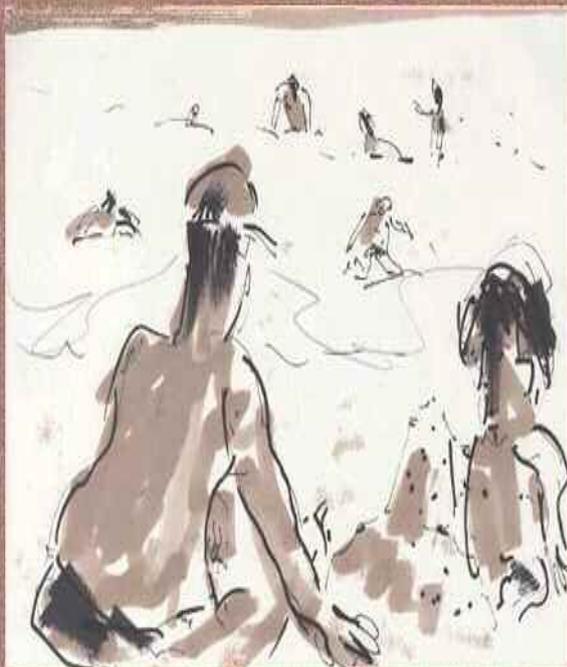
Ilustraciones: José Luis Ventura (Garven)
Guión: Óscar Torres (Ösk Jason)



Cuando cerraba los ojos,
mi abuelo soñaba despierto.



Su cara alegre invitaba a preguntarme
que había detrás de aquella felicidad...



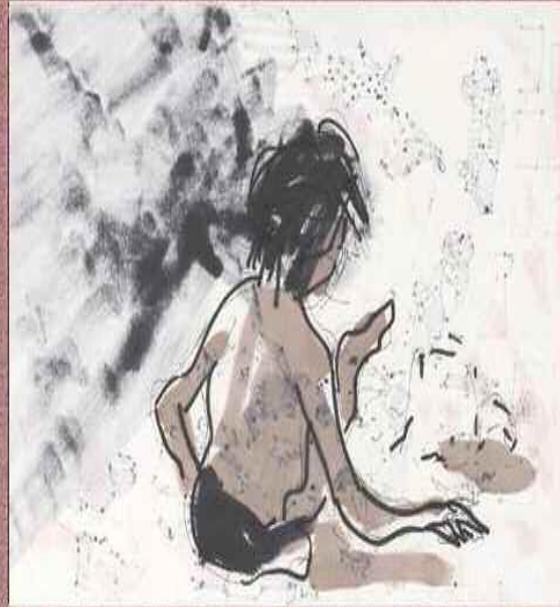
La playa respondía...



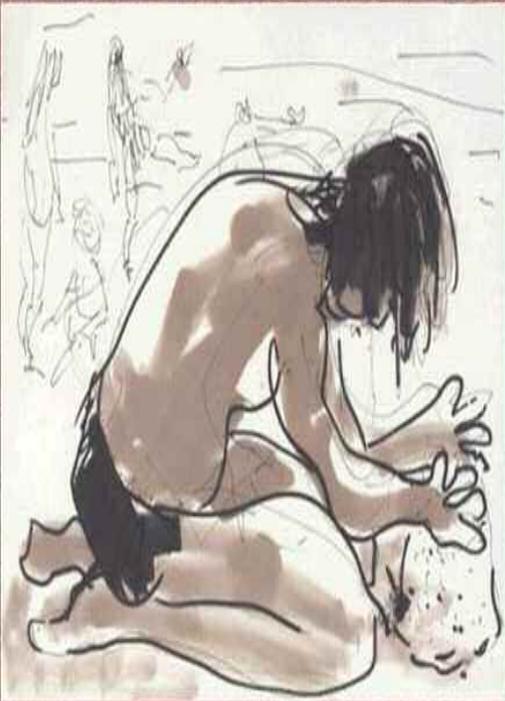
Entonces yo pensaba en mañanas de sol
junto a mi abuela y mi padre...



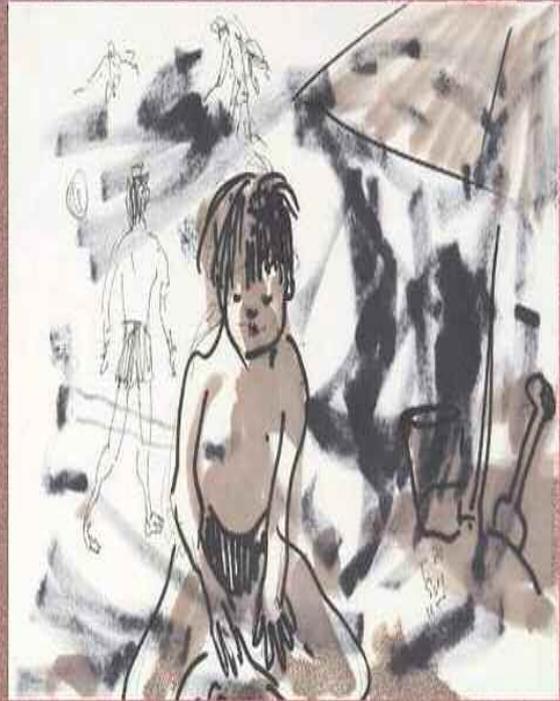
Tardes de siesta y agua...



Abuelo - le pregunté - ¿Qué es lo que más te gusta de la playa?



El abrió los ojos, aún perdidos en sus recuerdos, contestó con una sonrisa:



Hacer castillos...

FIN

Couture

por Carmen Rosa Signes

"El mal gusto consiste en confundir la moda, que no vive sino de los cambios, con bello y duradero."
Marie Henri Beyle, Stendhal (1783-1842), escritor francés.

A Ricardo

Se unió a la tripulación en Puerto Príncipe. Elegante y fino, muy fino, distaba mucho de la clásica imagen del pirata. Le ofendió que le asignara para la limpieza de las bodegas. El aire viciado de las entrañas del bajel le molestaba. Estábamos impacientes por verlo en días de marejada, cuando hasta el más veterano de la tripulación era capaz de echar por la boca tantos exabruptos como despojos de comida, pero nos sorprendió.

En batalla surgía su coraje. En aquél preciso momento, todas sus finuras se transformaban lanzándose con arrojo. Sus certeros toques arrebataban la vida de aquellos que intentaban hacer lo propio con la suya. Era tan diestro con el sable que pocos eran los que no quedaban rendidos a sus pies solicitando una clemencia que no dudaba en conceder. "No gusto en derramar sangre innecesaria", me confesó.

Dicen que una vez fue capitán y que a duras penas pudo salvarse de una tripulación desleal que intentó venderlo al gobernador de las Antillas.

Pese a sus mariposadas me gustó, y quise tenerlo bien cerca. Fue durante el primer reparto del botín que volvió a sorprendernos al no querer ni joyas, ni doblones de oro o monedas plata.

—Pero ¿cómo os honraré? —Le pregunté

—No os inquietéis Capitán. Sabré encontrar la recompensa —me contestó.

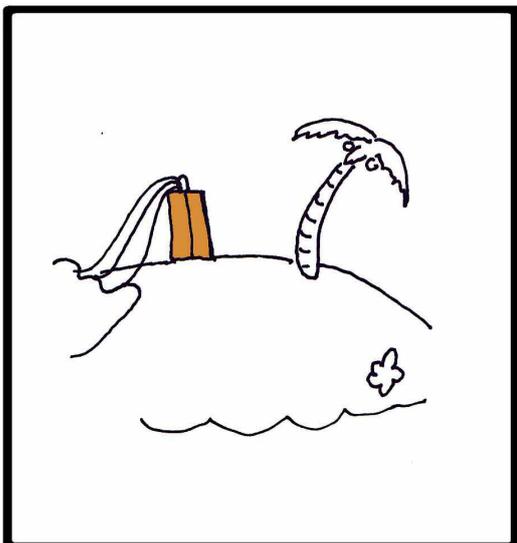
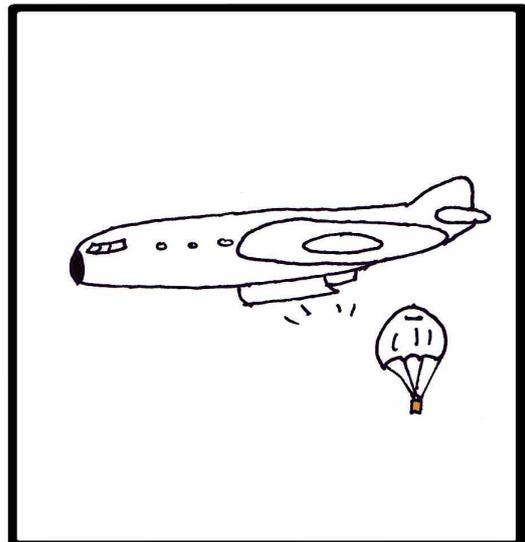
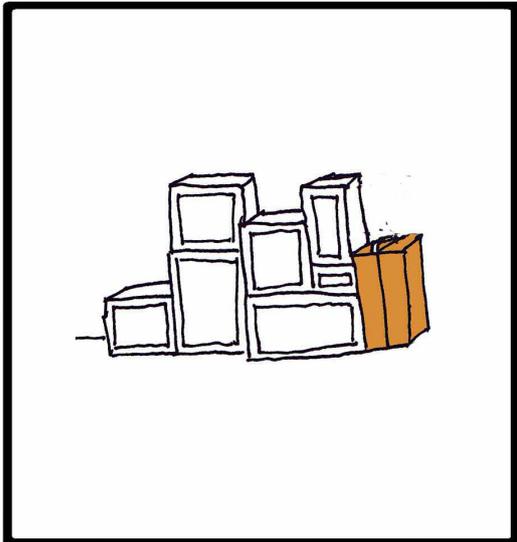
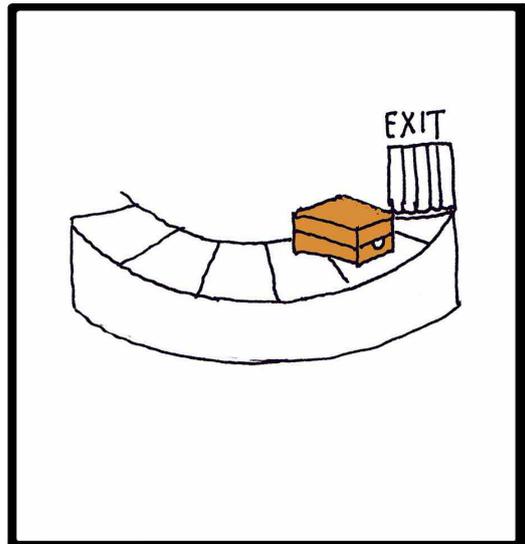
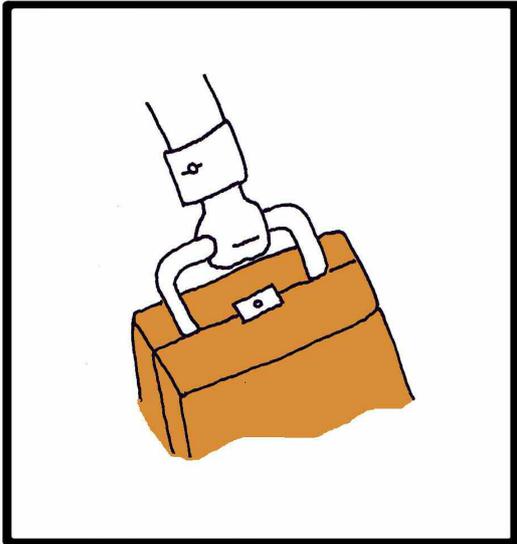
Al día siguiente comenzaron los cambios. Habló conmigo sobre la necesidad de mejorar nuestro aspecto, de cuidarnos más. Según él eso nos haría ganar respeto. Verle trastear entre los equipajes intentando convencer a los hombres de aquellas cuestiones resultó curioso. Se paseaba por cubierta pidiendo opinión sobre mezcla de colores, largo de mangas, anchura de las perneras, o la ornamentación de sombreros y pelucas. Reconozco que no me molestaba.

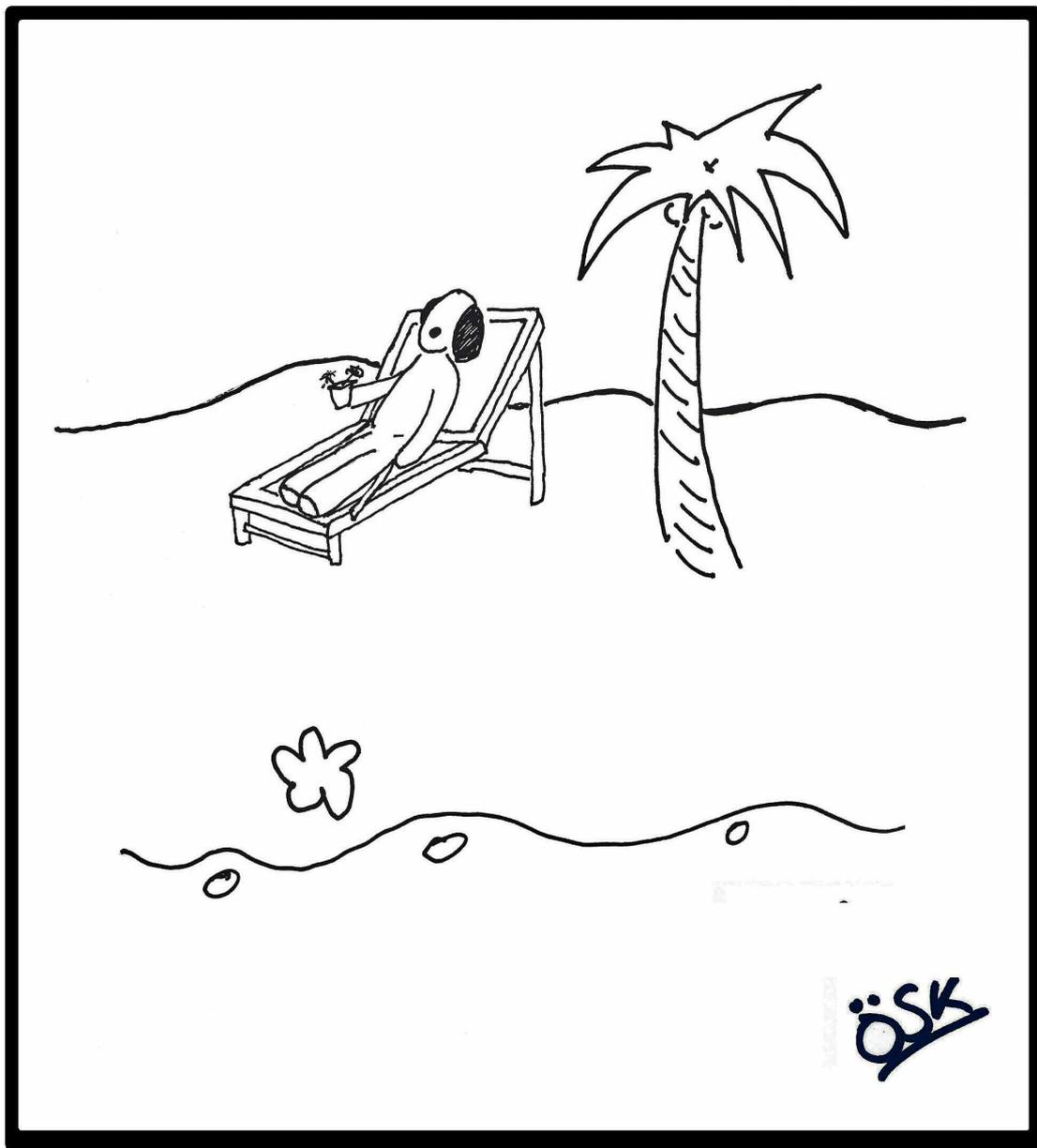
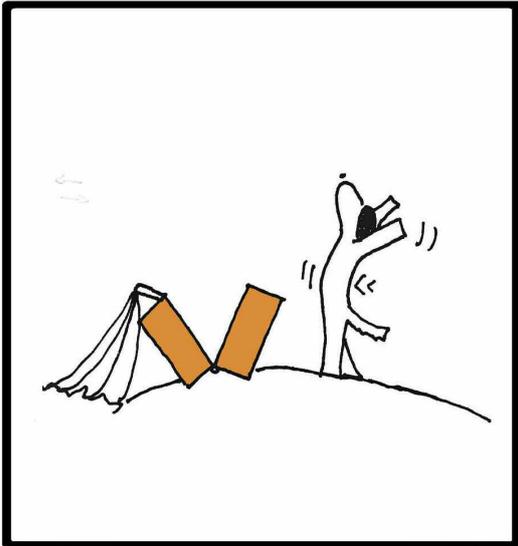
Pero sucedió lo inevitable. Un grupo de hombres decidió poner fin a tanta mariconería. Fue en nuestra siguiente parada donde lo abandonamos a él y a sus innovadoras ideas. Tuve que resignarme.

Años más tarde, cuando el infortunio sustituyó el pañuelo y las chorreras de mi cuello por la soga, me llamó la atención el atuendo de alguna de las damas y de muchos de los caballeros asistentes a mi ejecución, tanto, que pregunté. Como respuesta me hablaron de cierto personaje de oscuros antecedentes que alcanzó la corte de los delfines de Francia gracias a sus ideas sobre cómo mezclar los colores, cuál era el largo de las mangas ideal, la anchura de la pernera, o los abalorios de sombreros y pelucones.

ICO

POR ÖSK





ÖSK

<http://oskjason.blogspot.com/>

T H E
J A M M E R S

POR MAGNUS DAGON

Número #02:

We're in this together now

You and me
we're in this together now
none of them can stop us now
we will make it through somehow

Nine Inch Nails. We're in this together now

¿Dónde me quedé la última vez? Ah, sí. Os estaba diciendo cómo conocí a los que serían mis compañeros de grupo, The Jammers. Bueno, os conté un poco de mi vida anterior, no demasiado, pero creedme, no es el momento para hablar de eso ahora. Aparte que no sé con qué cara os quedaríais si os dijera la verdad.

Vamos a dejarlo en lo siguiente: mi nombre es Echo (y ese es mi nombre a efectos prácticos), y tras una tortuosa huida de mi hogar, me dejaron en la colonia de Wingbolt, el sitio ideal para perderse durante un tiempo. Allí trabajé duro para salir adelante y respondí a distancia a un anuncio en el que se buscaba un teclista para una sustitución en un grupo. Entablé relación con la banda, comenzamos a componer a distancia y pasé su filtro, por lo que me admitieron para ser parte de ellos. Su mánager, Adrian Harvester, fue a recogerme y me llevó a su estudio personal, un alucinante satélite en órbita llamado el Acorde Cósmico. Allí conocí a Overdrive, el guitarrista, un alien grisáceo de dos manos; Delay, el bajo, un sujeto poco hablador con gafas y mitones de piloto espacial; Fase, el batería, todo lo contrario en términos de conversación, con un tatuaje en el brazo en el que ponía "Ídolo Binario"; y Distorsión, el cantante y líder del grupo.

De hecho, si no me falla la memoria, creo que me quedé justo ahí, hablando de Distorsión.

Como creo que comenté, cada uno de nosotros eligió su seudónimo de modo que todos fueran tipos de pedal de una guitarra. A veces pienso que Distorsión se hubiera llamado así aun a pesar de ello. Ya dije que tenía todo el rostro con quemaduras, no de modo horrible pero sí más que notable. De hecho, lo que cuando le vi hizo que su rostro pareciera hostil, más que ese detalle, era su expresión, con el ceño fruncido y cara de enfado, como si fuera un comandante y acabara de perder una batalla.

Estaba convencida, sin género de dudas, de que podría pasar sin el menor problema por atractivo si se mostraba más amable, más cercano. Pero no parecía tener interés en ello.

Lo cierto es que un simple vistazo me bastó para darme cuenta de que sus peores cicatrices eran internas. Y el tiempo no me quitó en absoluto la razón.

El caso es que al margen de su actitud esquiva, Distorsión era —y es— buena persona, alguien que está dispuesto a ayudar a los que lo necesitan. Varias veces hemos hecho algún trabajito gratis, aunque él dice que sólo lo decidió así porque más que el dinero, necesitábamos practicar. Tiene cierta labia también, como puede verse, aunque no tanta como Overdrive, cuyo aspecto inhumano le ha obligado a tener que ser todo un orador en el sentido literal de la palabra.

Hablando de eso, al poco de conocer a mis nuevos colegas no tardé en darme cuenta de que Distorsión quería ser menos que humano. No hay más que pensar en la siguiente anécdota. A los pocos días de conocernos todos empezamos a hablar de nombres para el grupo —no nos decidíamos— y de posibles símbolos distintivos que hicieran más sencilla nuestra identificación individual sobre un escenario. Queríamos ser como Queen, un total superior a la suma de las partes, y para eso tuvimos claro que todos teníamos que

sentirnos como pieza clave en la formación.

En el caso de Overdrive era evidente que no hacía falta nada para distinguirlo, el tono gris de su piel lo decía todo sumado al hecho de que su especie era extremadamente rara, no tanto como los infectos Ax-cronianos, pero casi. Y no me malinterpretéis, no tengo nada en contra de esa especie, pero en la actualidad sólo se le conoce un miembro vivo y cuando le conocí casi hubiera preferido que estuviera extinta por completo.

Con respecto a Fase, su tatuaje ya era bastante llamativo así del natural, igual que la costumbre de Delay de llevar aquellos accesorios de piloto espacial que ya tenía de antaño. Eso nos dejaba sólo a Distorsión y a mí pendientes de tomar una decisión. En mi caso tardé unos cuantos días pero en cuanto lo tuve claro ya no dudé. Eran pocas las pertenencias que tenía, y aquella gorra de visera donde ponía “Balamb Garden” tal vez la única que rememoraba de manera clara mi pasado. Me gustaba además la idea de poder variar de estilo usando otras gorras de diseño distinto y con nombres de otros grupos, y también quería alejarme de ese concepto tópico de las mujeres florero en los grupos de música y así, por ejemplo, tapar en parte mi cara o mi pelo en los directos, como hacía Slash en los Guns & Roses.

Pero la elección de Distorsión no fue tan inmediata. No quiso decir a nadie qué tenía en mente, según él porque no estaba seguro de poder replicarlo, y por las noches, en el Acorde Cósmico, se encerraba en su cuarto —o una de las salas hiperfuturistas que había habilitado como su habitación, para ser más precisos— construyendo una suerte de dispositivo, o algo así nos dijo.

Fue en aquel entonces cuando me enteré, de la voz de Overdrive, de su talento para la ciencia y su vocación frustrada en ese sentido.

—Ha construido la mayor parte de nuestro equipo, desde pedales hasta amplificadores, e incluso calibró los platillos de Fase para que, según nos dijo, “su forma cumpliera con el patrón óptimo de la ecuación de ondas”.

—Nunca lo hubiera pensado. Parece tan... callejero.

—Es poco lo que sabemos de él, en realidad.

Y menos aún lo que contaba. Harvester sabía algo más, sin embargo parecía tan reticente a hablar como el propio Distorsión. No porque tuviera nada que ocultar, sino porque, como él mismo me dijo un día, Distorsión le hizo prometer que nunca diría nada. Harvester, de hecho, quería a Distorsión como si fuera su propio hijo, aunque no era ese el caso. Era, en cierto modo, su padre adoptivo, aunque también era verdad que Distorsión ejercía una cierta influencia sobre él, de modo que eran a medias “familia”, a medias “amigos”. Sin ir más lejos, fue Distorsión quien le convenció de que todo aquello de la música era una buena idea, algo por lo que merecía la pena levantarse cada mañana.

Había, sin embargo, una duda que me atenazaba por dentro. Algo que quería preguntar y no sabía cómo sacar a relucir, pero sí tenía claro que quería preguntarle al propio Distorsión en persona, porque si nadie había mencionado nunca nada era porque, de algún modo, tenía algo que ver con él.

—¿Qué fue del componente al que sustituyó? —le pregunté un día en su cuarto, mientras seguía perfeccionando su misterioso aparato. Fue entonces cuando le vi con el torso desnudo y aprecié una extraña cicatriz en su costado derecho, llena de punciones, cauterizada y profunda como si se tratase de un agujero.

—¿Qué te han contado los demás? —espetó a la defensiva.

—Nada. Por eso te pregunto a ti. Si no quieres contármelo no pasa nada.

Estaba ya dispuesta a marcharme cuando comenzó a hablar. No me estaba tirando un farol ni nada parecido. Tratándose de él, fácilmente podía haber terminado la conversación en ese momento.

—Elegió para sí mismo el nombre de Reverb. Overdrive le conoció, y Adrian también. Fue suya y mía la idea de formar un grupo.

—¿Hubo problemas? ¿O decidió dejar el grupo por otros motivos personales?

—Él nunca hubiera dejado el grupo —fue su directa respuesta. Después de eso su mirada se desvió a la cicatriz de su costado.

—Esa cicatriz... tiene que ver con ello —no fue una pregunta lo que hice, sino una afirmación.

—Dejémoslo en que no está y ya no volverá —dijo zanjando el asunto de manera radical.

De modo que ese tal Reverb, que como poco debió ser el mejor amigo de Distorsión, o uno de los mejores, había muerto. Sólo tenía que verle hablar de él, por poco que lo hubiera hecho, para saberlo. Un accidente, tal vez. No había manera de saberlo.

Varios días después Distorsión no tardó en mostrarnos al fin el resultado de sus ratos de reclusión voluntaria. No pude evitar una sorpresa cuando vi que apretaba un botón y un holograma cubría su rostro. Era igual que la nieve de los televisores antiguos de señal analógica, pero para los demás resultaba aún más fascinante pues no habían oído hablar jamás de esa clase de televisores y, por supuesto, menos aún de la clase de interferencias que en ellos se podía producir.

—En adelante este será mi rostro público, y la excusa de por qué me llamo Distorsión —proclamó con solemnidad, dejándolo encendido. Muchos rockeros suelen llevar gafas oscuras para ocultar su mirada. Él fue un paso más allá.

En una esquina de la habitación Harvester miraba con cierto disgusto el devenir de los acontecimientos. Nunca se opuso, pero era evidente que no le gustaba la manera en que su hijo adoptivo se torturaba a sí mismo.

Durante muchos años no supe nada más de ese tal Reverb ni de qué fue lo que ocurrió para que Distorsión lo quisiera olvidar con tanta vehemencia. Nunca pregunté, por otro lado. Pero después de los incidentes de Ernópolis, de que todos sintiéramos que no nos gustaba ser piratas de las ondas, mercenarios a sueldo de cualquier indeseable con pocos escrúpulos y mucho dinero, no pude evitar volver a sacar el tema. Sabía que en cierto modo ese incidente guiaba sus acciones y decisiones y eso nos involucraba a todos en segundo grado, porque no solíamos cuestionar sus órdenes, aunque fueran equivocadas. Éramos muy conscientes de la necesidad de estar unidos, y de tener un líder como él, con carisma a pesar de sus defectos.

Aunque yo misma estaba nerviosa, pues no en vano ya le había confesado que no me gustaba la clase de vida que llevábamos, Distorsión parecía algo más tranquilo, casi se diría que relajado. Pensé que sería una buena ocasión para sacar el tema. No pude cometer mayor error.

—Ya te dije que murió con palabras menos directas, ¿qué quieres escuchar ahora? —fue todo lo que comentó sin retirar el holograma. Los demás se habían ido de juerga a la pequeña colonia en la que habíamos estado tocando y probablemente no volverían hasta el día siguiente.

—A veces tengo la sensación de que no pasa un solo día sin que dejes de pensar en ello. ¿Seguro que no quieres hablarlo, contárselo a alguien?

—Eso no le traerá de vuelta —contestó con dureza.

—Pero a ti te ayudará.

—Tú también tienes tus problemas que no nos cuentas, y no te veo con ganas precisamente de hacerlo.

Aquello fue un golpe bajo, y tenía razón, pero me dolió viniendo de alguien como él. Ya se sabe que los que te quieren son los que más daño te hacen.

No dije nada, pero era evidente que Distorsión comprendió que se había pasado. Apagó el holograma y pude ver en sus ojos un arrepentimiento sincero.

—Lo siento —dijo sin más. Era muy, muy raro oírle comportarse así, reconocer sus errores de esa manera, sin tapujos.

Yo no pude, por desgracia, estar allí más tiempo. Me había hecho daño, y quería estar sola. Por eso me levanté y me marché pasillo abajo.

—De verdad, lo siento —insistió—. Ya me he disculpado, ¿qué más quieres?

No contesté. ¿Qué podía decir? No lo sabía. Mientras me marchaba noté cómo las bombillas a mi espalda estallaban, como consecuencia de que Distorsión, cuando está inquieto, molesto o enfadado, pierde el control de sus poderes. Su capacidad de estropear máquinas era mayor en intensidad a nuestras respectivas habilidades, pero tenía también sus consecuencias, y esa era una de ellas.

Un rato después, cuando estaba sola en mi habitación del hotel, Harvester apareció. No iba con nosotros en las giras pero solía personarse cada varios días, para cerrar acuerdos y comprobar que todo marchaba como estaba estipulado por contrato. Llamó a la puerta con delicadeza y le dije que pasara. Yo estaba jugando con una de mis gorras, rotándola con el dedo índice. Distrayendo la mente, más que otra cosa. Ni siquiera recuerdo a qué grupo homenajeara.

—Lamento lo sucedido.

—Supongo que es para él algo demasiado difícil de recordar y por eso prefiere la rabia a enfrentarse con el dolor.

—Dale tiempo. Yo podría contártelo, pero siempre será más valioso que sea él quien dé el primer paso. Aparte de que me mataría si se enterara de que te lo he dicho —dijo quitándose las gafas cuadradas, en un tono todo lo bromista que pudo emplear.

—¿Tiene algo que ver con el hecho de que sus poderes sean de mayor intensidad que los nuestros? —dije de repente. Harvester me miró asintiendo con la mirada, pero sin contestar con la voz ni el resto del cuerpo.

—Confía en él. Es buen chico, sólo tiene que darse cuenta de ello —se limitó a decir antes de salir de nuevo de la habitación.

En este momento creo que sería conveniente que volviera otra vez atrás, al pasado, y contara la historia de cómo obtuvimos nuestras habilidades. No sólo por atar bien todos los cabos, también porque en ese momento yo no lo sabía, pero algo iba a traer ese fatídico día a la memoria colectiva de nuevo.

Poco después de que Distorsión acabara su holograma y nos lo mostrara, nos pusimos a ensayar muy en serio. Teníamos todo el tiempo del mundo por delante, y al estar juntos en el estudio, más aún, vivir en él, todo momento era propicio para practicar temas, preparar partituras o tablaturas y retocar fragmentos de cara a buscar un mejor sonido en directo. No siempre estábamos todos disponibles al mismo tiempo, pero siempre acordábamos algunos momentos del día fijos en los que reunirnos y acostumbrarnos a tocar juntos. El resto de los instantes eran más bien incidentales, y podía pasar que por ejemplo Delay y Overdrive se fueran a una sala aparte a coordinar guitarra y bajo, o yo me pusiera de acuerdo con Fase para añadir mi teclado a su batería y crear juntos un sonido base preciso como un metrónomo.

Tengo que decir que uno de mis temores iniciales, que era que alguno de los miembros del grupo se lanzara a intentar ligar conmigo a la primera oportunidad, fue totalmente infundado. Todos estaban tan centrados en el grupo que su dedicación, aparte de rayar en el perfeccionismo más absoluto, era más que contagiosa, hasta tal punto que resultaba difícil adivinar quién fue el germen de ese método de trabajo y quiénes los que se acabaron acostumbrando a él.

En términos compositivos, Overdrive era el terreno de cultivo en el que los demás plantábamos nuestras semillas. A veces creaba una maqueta casi completa y los demás nos limitábamos a realizarle añadidos y retocarla en términos de producción, lo que no es ninguna tontería tampoco. Otras veces creaba pequeñas composiciones acústicas, o simplemente acordes, puentes o estribillos sin melodía vocal, que los demás dotábamos de ritmo, sintetizadores o coros. El proceso era variable y rico en matices según el caso.

Lo que no cambiaba nunca era que Distorsión se encargaba de poner letra a todas las canciones con la única y lógica excepción de las escasas versiones o covers que grabamos. Su voz, además de profunda y magnética, estaba cargada con un incierto halo de sonido ambiental. Podía transmitir dureza sin tener que gritar ni realizar gruñidos, y eso era algo hermoso, extraño, y difícil de imitar. Se notaba mucho su influencia de Balamb Garden y Depeche Mode en ese sentido. Por otro lado, además, sus letras eran extrañas, misteriosas y en ocasiones muy crípticas. Contaban historias emotivas más que emociones crudas, como hacen la mayoría de las canciones, y las unía de tema en tema, creando extensas tramas conceptuales. La mezcla de rabia con tristeza era muy patente, aunque tengo que decir que cuando Distorsión se marca una letra animada, sabe hacer botar al público mejor que nadie. Pero no era ese su principal interés, sin duda. A veces parecía que componía más para sí mismo que para los otros. Toda creatividad, supongo, tiene gran parte de

egocentrismo.

El que más horas pasaba practicando era, sin duda, Distorsión. En realidad su instrumento iba con él a todas partes y estaba en todos lados donde fuera, lo que le impedía desconectar en ningún momento. Incluso en sus ratos libres, trasteando con chismes variados que construía o tratando de entender las extrañas máquinas del estudio que pertenecían a la especie de Overdrive, no hacía más que tararear tratando de seguir mentalmente el ritmo de los temas, ajustarse con precisión milimétrica incluso de memoria. No tenía mucha idea de teoría musical, por no decir ninguna, pero su dedicación era realmente ejemplar, fuente de inspiración para otros. Conocía todos nuestros instrumentos y hacía grandes esfuerzos por tocarlos y entender cómo se componía con ellos. A veces creo que sabía interpretar en el pasado varios de ellos, pero nunca dijo nada al respecto, y aunque así hubiera sido, tuve la sensación de que prefería centrarse en su propia parte más que tratar de acaparar un protagonismo que no sentía que le perteneciera. Era irónico, por otro lado, que mostrara esa modestia que no solía enseñar jamás en público, como si tuviera doble personalidad. Y en cierto modo, la tenía.

En ese periodo Harvester pasaba más bien poco tiempo en el estudio y mucho realizando el trabajo sucio que nosotros no sabíamos hacer, y que consistía en ponerse en contacto con locales de lejanas colonias para ir preparándonos el terreno para giras. Tampoco fue fácil para él convencer a las emisoras de cada uno de estos lugares para que dieran una oportunidad a nuestra música y así pudiera llegar a los oídos no sólo de los habitantes de esos miniplanetas sino a los viajeros de paso, camioneros estelares y muchos otros nómadas del Universo esperando poder distraerse un rato en largos trayectos y saltos de un lado a otro de la Galaxia.

En cuanto a la Llanura, Harvester logró sellar una especie de acuerdo con muchos sitios virtuales para que alojaran temporalmente nuestros temas, sorteando obstáculos para negociar para nosotros unos porcentajes que no estuvieran cercanos a la explotación, como solía ser la mayoría de los casos.

Fue precisamente en ese periodo en el que más tiempo se tuvo que ausentar, pues debía pasar días completos, según cómputo estándar, con los jefazos de esas páginas, convencerles de que nosotros éramos el no-va-más, de que cometerían el error de su vida de no contar con la banda en sus campañas. La cosa iba bien, aunque Harvester ya nos avisó que fuéramos empezando a pensar que lo más seguro es que nos impondrían hasta nuestro nombre, entre otros muchos acuerdos leoninos que nos tenían reservados, y que no serían nada comparado con lo que estaba intentando renegociar.

Uno de esos días estábamos todos ensayando en la habitación principal, aquella en que nos conocimos, cuando recibimos un aviso del exterior. Desconectábamos todos los aparatos de comunicación en aquel momento, pero alguien debió de dejarse uno operativo. En todo caso ya habíamos tenido que parar, por lo que poco importaba contestar a la llamada. Yo misma agarré el extraño y amorfo auricular, para un estándar humano, claro.

—¿Sí?

—¡Tenéis que salir de ahí! —escuché decir a Harvester, frenético—. ¡Tenéis que salir cuanto antes!

—¿Harvester? —los demás me miraron extrañados, preguntándose cuál era el problema.

—¡No hay tiempo para explicaciones! —insistió—. ¡Hay una bomba!

Me quedé paralizada. Creo que dejé caer el auricular. En todo caso, soy consciente de que fueron apenas unos segundos y recapacité enseguida, pero desde mi punto de vista fue un instante que se me hizo eterno.

—Han puesto una bomba —dije sin más, como si yo misma no me lo creyera, como si estuviera contando el argumento de una película.

Creo que Overdrive dijo algo así como que nos marcháramos con la nave de salvamento, pero daba la desgraciada casualidad —o tal vez no era tan casual— de que estaba en mantenimiento, y no poseía oxígeno para que sobreviviéramos en el espacio. De modo que era peor el remedio que la enfermedad.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Fase, más que preocupado—. ¿Qué opinas, Distorsión? ¿Distorsión?

Pero no estaba ahí. Delay se limitó a señalar en dirección al pasillo que llevaba a su cuarto, sin duda su destino, no teníamos ni idea de para qué. No obstante, no tardó en regresar con uno de esos cachivaches en los que solía emplear tanto tiempo y cuya función nos era absolutamente desconocida.

—Es un generador de un campo de fuerza. Lo estaba diseñando por si alguna vez teníamos problemas en un concierto, o nos acosaban al salir. Pero está inacabado y no protegerá mucho. No tiene gran duración tampoco, y no sabemos cuándo la bomba estallará, si lo hace.

Pero no tardamos en conocer la fatídica respuesta a esa incógnita cuando escuchamos explosiones continuadas provenientes de una de las zonas que conectaban con la central, uno de los salientes de la forma general de pirámide troncocónica que tenía el acorde cósmico. Y nos dimos cuenta de que no se trataba de un solo explosivo, sino de varios de ellos, reaccionando en cadena unos con otros.

Estaba claro que teníamos que detener la reacción cuanto antes, y en ese momento sólo se nos ocurría una manera de hacerlo. Distorsión se colocó frente al pasillo que estaba siendo arrasado por las explosiones, sin apenas más tiempo que el justo para tomar decisiones milimétricas, y accionó el campo tratando de anticiparse lo justo a la siguiente bomba, que amenazaba con propagar la cadena de explosiones hacia el corazón de la estación. Fue una buena idea que, por fortuna, logró amortiguar la explosión.

Lástima que tuviera peores consecuencias para nosotros.

Como Distorsión había anticipado, el campo era débil y no logró evitar que parte de la onda destructiva nos impactara y lanzara por los aires, aparte de dañar muchas de las máquinas que nos rodeaban. En unos segundos acabamos sepultados por montones de chismes que, estropeados, empezaron a emitir toda clase de energías y llenar el ambiente con radiación de ondas. Ninguno de nosotros logró moverse ni un milímetro. Estábamos muy doloridos, y así permanecimos hasta que Harvester regresó junto con las fuerzas de seguridad y nos encontró en ese lamentable estado. Con la ayuda de un equipo de emergencias dotado de trajes antirradiación nos lograron rescatar, no sin antes inutilizar y acabar de estropear todas las máquinas que emitían campos de ondas aleatorios y desconocidos para la salud.

A pesar de todo no sufrimos daños físicos graves, milagrosamente, y como Harvester nos contó cuando estuvimos más restablecidos, no había apenas más bombas, de modo que nos podríamos haber salvado simplemente saliendo corriendo de la habitación en sentido contrario al de las explosiones. Pero eso, claro, no lo sabíamos. El origen de la amenaza era desconocido, él logró detectarlo porque se dio cuenta de que le estaban siguiendo mientras se dirigía a la reunión, se encaró con su sombra y le sonsacó lo que estaba a punto de suceder.

En todo caso las consecuencias no se hicieron esperar. Reforzamos la seguridad de la estación, aunque un ala completa con toda su maquinaria permaneció para siempre destruida e inhabitable, ni siquiera susceptible de ser reparada. Era tan extraña la tecnología que todo intento de sacarla adelante derivó en estrepitoso fracaso, y siempre era mejor tener máquinas desconocidas que algún día podrían ser arregladas que tirar todo a la basura y sustituirlo por algo que podría encontrarse en cualquier otra parte, también en términos de ingeniería de naves y estaciones orbitales.

Las consecuencias sobre nuestros cuerpos fueron algo menos inmediatas.

El primer signo de que algo raro me pasaba lo noté cuando me di cuenta de que a veces me hablaban y no escuchaba lo que me decían. De hecho mi interlocutor, que solía ser invariablemente Fase por ser el que tenía la lengua más larga, decía que era como si su voz rebotara, como si realmente provocara ecos.

No tardé en averiguar que eso me pasaba con otras ondas y energías como luz e, incluso, láseres. Controlarlo no fue fácil, pero lo logré tras mucho entrenamiento.

Overdrive descubrió que las máquinas se apagaban a su paso, algo que le resultó muy molesto hasta que logró manejarlo. Delay, sin embargo, las retardaba, y Fase alteraba la información de las ondas, cambiándolas de un idioma conocido a alguno de los muchísimos que sólo él sabía o codificándolas por medio de extraños mensajes hexadecimales (la palabra me la he aprendido de tanto oírse la repetir).

La coincidencia entre nuestros nombres y habilidades era peculiar, también. Pero recordamos que

todos tuvimos la “sensación” de saber cómo queríamos llamarnos cuando estuvimos rodeados de esas máquinas... tal vez a un nivel mental que ni siquiera podíamos imaginar.

Distorsión salió peor parado, al llevarse la mayor parte del impacto. Su poder era el más destructivo y espectacular, al estropear las máquinas, pero no logró dominarlo nunca en su totalidad. Frustrado, empezó a ver cómo se rompían muchas de las máquinas que ideaba, y empezó a sólo poder diseñarlas en planos y pedir ayuda a otros para que las construyeran por él, a veces teniendo incluso que solicitarlo por encargo. Un cambio de humor reventaba lo que le rodeaba. Hubo una época en la que, hasta que no estuvo algo más calmado, no ganábamos para micros. Pero empezamos a pensar que teníamos una manera de financiarnos al margen de abusivos acuerdos empresariales.

Por motivos lógicos decidimos elegir como nombre de la banda The Jammers, aunque los fans nunca entendieran el motivo que nos llevaba en realidad a ello. Y el resto, es historia.

Ahora volvamos al presente de nuevo.

Estábamos de gira de nuestro primer disco, y acababa de tener una discusión con Distorsión en el hotel en que nos alojábamos. Harvester se pasó a animarme, tratando de quitarle hierro al asunto. En parte lo había logrado, y al menos me levanté de la cama en la que estaba medio tirada, apoyada contra la pared, para pensar en salir y hablar con Distorsión, al menos no terminar el día de aquella manera tan poco recomendable entre amigos y compañeros de profesión.

Fue entonces cuando escuché pasos múltiples que venían de las zonas comunes de la planta, y cómo llamaban a la puerta. ¿Servicio de habitaciones?, pensé. Pero yo no recordaba haber pedido nada, era Fase el que solía más bien excederse en ese sentido.

Eché un vistazo por la mirilla. Eran dos tipos armados con lanzarrayos y, al fondo, una mujer que no lograba distinguir bien, pero iba vestida muy formal y toda de negro.

No me dio tiempo ni de preguntar. Noté cómo uno de los tíos armados se disponía a disparar a la cerradura y me eché corriendo atrás, tratando de estar lista cuando llegaran.

El ruido del disparo alertó a Distorsión y Harvester, que no tardaron en estar a mi lado.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Harvester. Pero Distorsión le hizo un gesto para que se alejara y nos lo dejara a nosotros. Creo que en ese momento estaba contento de tener a alguien a quien poder patearle el trasero.

La puerta cedió después de un par de golpes bien dados contra la cerradura fundida, y los tipos nos apuntaron y dispararon. Hice que las descargas rebotaran en las armas, que reventaron en sus mismas manos, y cayeron al suelo, doloridos.

—Eran disparos a herir, Dis —comenté, pues como es lógico me había expuesto de manera voluntaria a descargas muchas veces, y sabía muy bien lo que me decía.

Cuando los secuaces cayeron, en nuestra línea de visión apareció con claridad la mujer que había apreciado al otro lado de la puerta. Tenía una larga cabellera rubia y estaba ya en los cuarenta y muchos. En su momento debió ser muy hermosa, y en gran medida aún lo era.

Ese detalle, sin embargo, se eclipsó cuando vimos que, al igual que sus vestimentas, sus ojos eran negros por completo hasta la mismísima pupila.

—Rendíos —dijo sacando un extraño artefacto electrónico y esférico del bolsillo.

No podía verlo, pero estaba seguro de que Distorsión sonrió. Pobre mujer estúpida, pensó, como me dijo después. No sabía con quién se estaba enfrentando.

Harvester reapareció detrás nuestro, frenético, justo a tiempo de presenciar la escena. Recuerdo que le gritó algo a Distorsión. Pero ya era demasiado tarde.

Distorsión inutilizó el aparato que esa mujer tenía en la mano, en efecto. Pero era tal la tremenda energía que emitía, que el esfuerzo de llevarlo a cabo le dejó totalmente extenuado. Era una trampa. Ese aparato sólo tenía la función de agotar a Distorsión.

Después de eso, la mujer sacó un arma y me disparó. Parecía un lanzarrayos, pero no lo era. Y mi

reacción en ese momento fue actuar como siempre había hecho durante tanto tiempo en semejante situación.

La descarga rebotó, pero el arma, al disparar, había desplegado una suerte de espejo reflectante, que hizo que rebotara a mí de nuevo. Cogida por sorpresa fui incapaz de reaccionar una segunda vez, y el disparo me dio en el hombro izquierdo. A día de hoy sigo sin saber si fue intencional o intentó matarme y no lo logró debido a que era difícil controlar el ángulo de reflexión. El caso es que grité de dolor y me apoyé contra la pared.

—¡Basta! —gritó Harvester—. Diane, déjales en paz.

—¿La.... conoces? —preguntó Distorsión, apenas incapaz de tenerse en pie.

—Ven conmigo, y no les haré nada —se limitó a decir la mujer.

Harvester se limitó a dar unos pasos, colocarse frente a su atacante, y dirigirse a Echo y Distorsión.

—No os preocupéis por mí, chicos. Estaré bien. Avisad a los otros, puede que estén en problemas.

—¿Quién es ella? —insistió Distorsión.

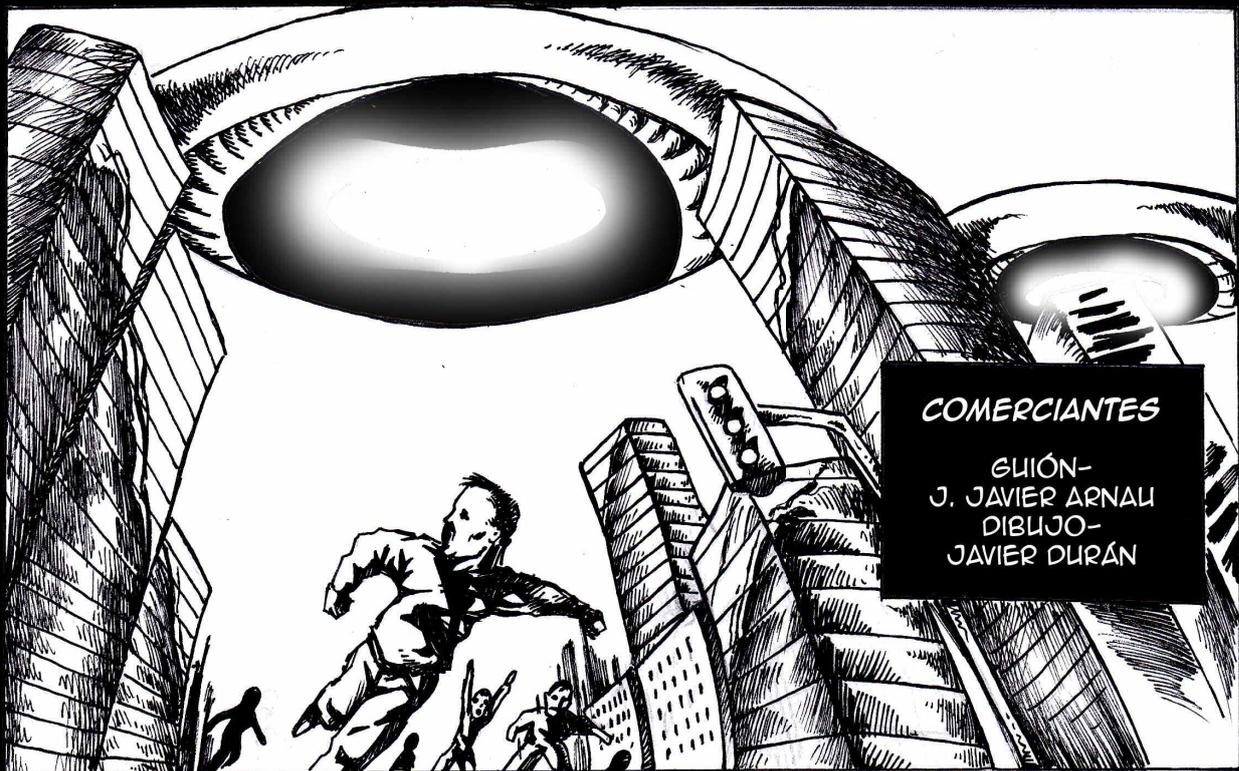
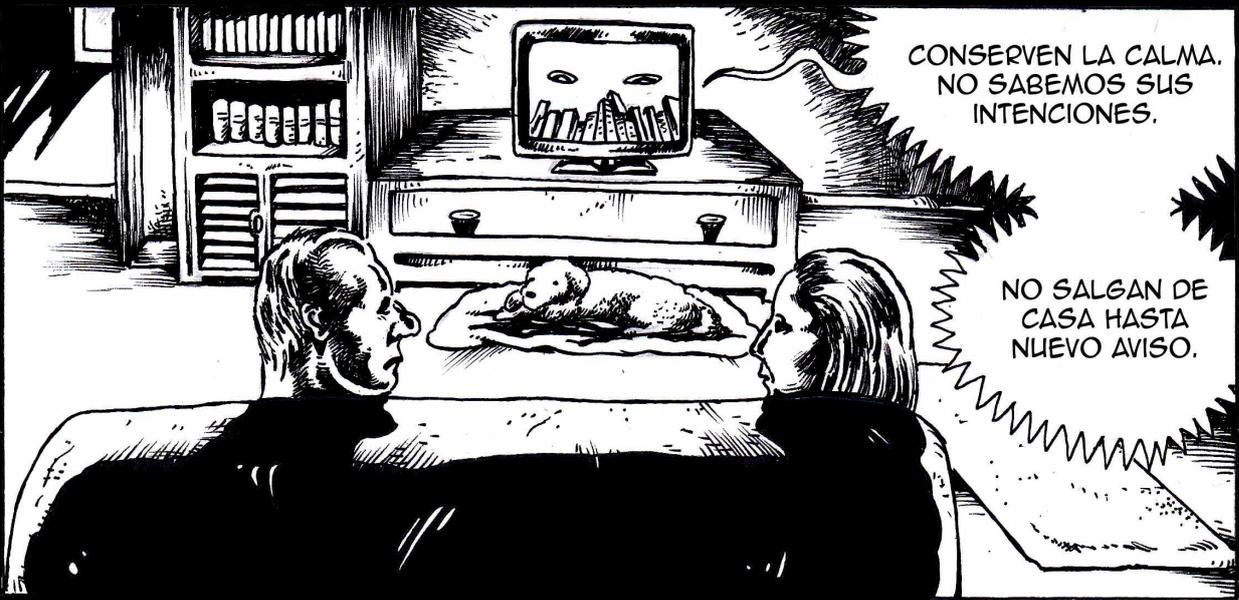
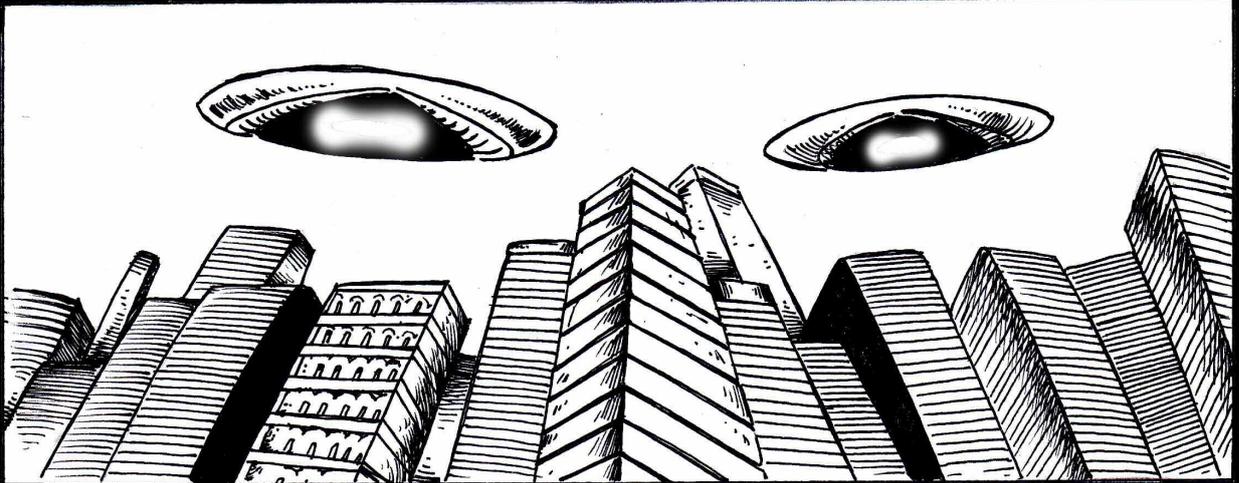
—Creo que fue quien puso las bombas tiempo atrás, y se hace llamar Desdémona, aunque ese no es su verdadero nombre.

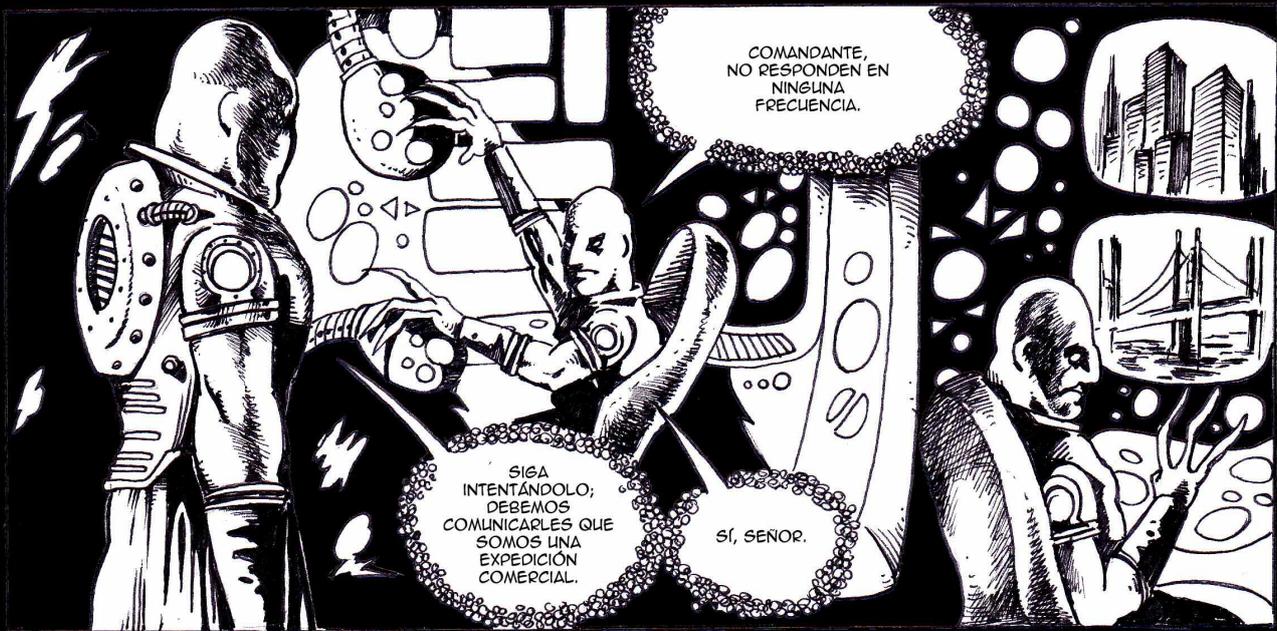
Tomó aire y miró a la mano de la hasta hace un momento desconocida, donde relucía un anillo.

—Se llama Diane Harvester, y era y sigue siendo mi mujer.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

The Jammers se enfrentarán con Desdémona y sabrán más acerca de los motivos de su odio, así como las intenciones detrás de su ataque. ¡No te lo pierdas!

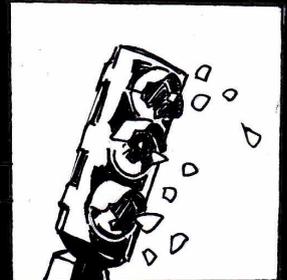
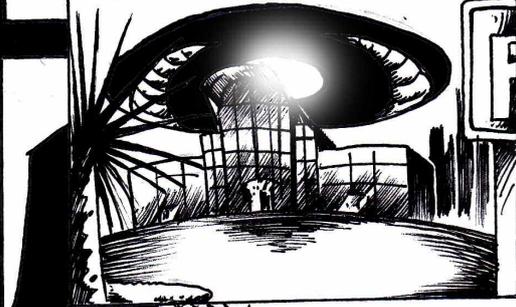






HEMOS IDENTIFICADO
ESA GRAN ESTRUCTURA
COMO UN CENTRO
COMERCIAL; ALLÍ HABRÁ
MUESTRAS DE TODO
EL COMERCIO DISPONIBLE.

EXCELENTE.
ADEMÁS, SI NO
CONTESTAN, ES QUE
ESTARÁ DESHABITADO.
PILOTO, BAJE A
DISTANCIA DE
TRACCIÓN.



NO!
AAAAARRGGHHH
AAH!!



¿QUÉ HA SIDO ESOP?

AAAAAAAAARRRGGG

SEGURAMENTE
LOS ANCLAJES DE
LA ESTRUCTURA AL
SALTAR.

BUENO, YA TENEMOS
LA MUESTRA, Y
SIN CAUSAR
DAÑOS,
RUMBO A NUESTRO
SISTEMA, HEMOS
CUMPLIDO LA MISIÓN
SATISFACTORIAMENTE.



LOS E.T'S HAN
DESAPARECIDO;
POR SUERTE,
NO HAN CAUSADO
DAÑOS
PERSONALES.

PARECE
SER QUE SÓLO HAN
DESTRUIDO UN
CENTRO COMERCIAL
QUE, POR SUERTE, DADA
LA HORA, PERMANECÍA
CERRADO Y
VACÍO...

EPILOGO

Los sueños vienen y van. Las imágenes vuelan y las alas rozan el mundo de la realidad con suavidad o con dureza. Quizás una de tantas, nuestras manos logren alcanzar *algo* o en el último momento se escape para ya no recordar nunca más.

Un sueño comienza un buen día, incluso a lo mejor despierto, y nos entra algo de obsesión. Darle forma es el propio infierno o el cielo, la búsqueda es la pura creación cuando quiere entrar en la realidad y hay que parir... ideas.

La materialización del concepto es lo que ansiamos, transformados en resultados. Es entonces cuando esa selva salvaje queda devastada y perdemos algo de nosotros por el camino, puesto que la destrucción es otra fase de la creación. ¿Cuántas vueltas daremos? ¿Cuánto tiempo perderemos el rumbo?

El señor de la arena nos soplará a los ojos, las musas jugarán con la inspiración y los monstruos nos pedirán galletas. Y así, quizás, llegemos a alcanzar parte de lo que soñamos, porque convertirlos en este mundo es la META.

¡Soñemos! ¡Soñemos! Dormidos o no. ¡Alcancemos la gloria de verlos realizados! Qué las mentes crean en lo que sueñan y el pensamiento sea aliado.

Carlos Daminsky, Alcoi a 18 de Agosto 2011



Dibujo por Juan Martínez Alarcón

ALBIS OFF



ALBIS EBOOKS